









## PARTE PRIMERA.

---

### I.

#### Un encuentro.

Seco está como las hojas  
desprendidas de esa flor...

—¿No habeis oido?

Tempestuosos vendavales,  
llevaos mi corazon.

—Es la voz de una mujer, ó yo no sé lo que es la voz de una mujer, exclamó Melchor Bonnasseau, agente de cambios de nacimiento y fátuo de profesion.

—Es una ninfa del bosque que suspira, dijo á su vez el general Rapart, antiguo héroe del impe-



rio que habia oido hablar de ninfas á una bailarina de la Opera

= Es sencillamente una mujer encantadora, replicó el héroe de esta novela, Lionelo de Marny, que veia las cosas por su lado práctico. Colocaos aquí y distinguireis perfectamente sus facciones... allí... detrás de aquellos árboles...

= Yo veo un sombrero...

= Yo no veo nada... ¡Ah! sí... veo una mano con un libro.

—¡Magnífica madeja de negros cabello! Es una morena.

—Tienes razon, es una mujer encantadora, exclamó Melchor Bonnasseau. ¿Sabes á quién se parece? A la sobrina de la señora Boullard. Es su vivo retrato.

La jóven que así llamaba la atencion de los cazadores---la ninfa del bosque---la sobrina de la señora Boullard--- volvió en aquel momento la cabeza, ruborizóse, y, apretando el paso, desapareció entre los árboles.

Los cazadores, asombrados de su belleza, se descubrieron respetuosamente.

---¿Quién es esa mujer? preguntó el agente de cambios á un pastorcillo que á corta distancia guardaba su ganado.

---La mujer del loeo, contestó el pastorcillo.

---¿Qué quiere decir eso?



— Con ese nombre se la conoce en el país.

— ¡La mujer del loco! repitieron á la vez los tres cazadores.

= Volvamos al castillo, dijo Lionelo; la señora de Auray debe conocerla y nos dirá quién es. —  
¡Qué hermosa es! murmuró.





II.

Una comida de cazadores.

— Es una historia muy larga, contestó la señora de Auray á los cazadores que la interrogaban. Es toda una novela... Señor de Mericourt, ¿no queréis sopa?

— Gracias, señora, contestó Mericourt, vecino de campo de la de Auray; la sopa es el alimento de los estómagos perezosos.

La señora de Auray prosiguió:

— La señorita de Champville tenía doce años cuando murió su madre, dejándola huérfana y pobre, la señora de Pontauges, su madrina ó íntima amiga de su madre, la recogió en su casa y la dió educacion... General, vos que sois tan aficionado à los vegetales, ¿quereis un par de cucharadas de menestra?



= Acepto, amiga mia, hé aquí un bocado que vale por una cabeza de javalí.

= Si hubiéramos confiado en vuestra destreza, dijo el señor de Auray, nos morimos de hambre: dos perdices por junto habeis matado. Confesad, amigos míos, que no habeis nacido para cazadores.

= Yo cazo para matar el tiempo, repuso Lionelo.

—Delante de una mesa cubierta con el botin de un dia de caza puede tolerarse que se hable de esa noble y caballeresca diversion; pero cuando no hay sobre ella más que filetes de vaca, pescados y legumbres, la cosa varia de aspecto.

La señora de Auray queria decir: «Me habeis suplicado que os cuente una historia y os negais à oirla.»

Lionelo adivinó el pensamiento de la señora de la casa.

= Vos teneis en ello vuestra parte de culpa, dijo, por haber interrumpido la historia de la mujer del loco.

= Es verdad; la caza nos ha hecho olvidar à la mujer del loco.

= Pues como decia, la señora de Pontauges abrió sus brazos à Laurencia con la efusion de una madre, y Laurencia, por agradecimiento, con-



sintió, andando el tiempo, en casarse con su hijo.

—Nada de novelesco hay en cuanto llevais dicho.

—Mi mujer se ha dejado en el tintero lo mejor, repuso el señor Auray; el hijo de la señora de Pontanges es loco.

—Es imbécil, exclamó la señora de Auray, contrariada por aquella interrupción; tiene veinticinco años y solo sabe decir *mamá*.

Una sonora carcajada siguió á estas palabras.

Solo Lionelo se dijo: «¡Tan hermosa y tan desgraciada!»





II.

Una visita

— ¿Es hoy cuando vamos á Pontauges? dijo al día siguiente la señora de Auray; el castillo es magnífico y está admirablemente conservado: tiene su puente levadizo, sus almenas; nada le falta para ser un modelo acabado de las construcciones de la Edad Media.

— Ni el loco, repuso el agente de cambios, envanecido de su tardia erudición.

— Si os parece nos pondremos en camino á las tres; dos leguas se andan pronto.

— Aunque el cielo está despejado, lloverá esta tarde.

— La cigarra dá buen tiempo.

— La cigarra dice el tiempo que ha hecho, y



ahora se trata de saber el tiempo que hará, dijo Lionelo.

=Jóven, el presente no es nada para tí; solo lo porvenir te inquieta, exclamó el héroe del imperio-- época en que se abusaba singularmente de lo PASADO, de lo PRESENTE y de lo PORVENIR.

La señora de Auray y sus huéspedes convinieron en partir á las tres.

La sociedad de la señora de Auray se componia de su marido; del general Rapart, con quien se decia que habia mantenido en su juventud relaciones amorosas; del Sr. de Bonnasseau, á quien todavia amaba, y de Lionelo, á quien temia amar.

Y sin embargo, el general, el agente de cambios y el calavera Lionel eran los mejores amigos del mundo.

Lionelo servia á la señora de Auray para reanimar en el corazon de Rapart y Bonnasseau las frias cenizas de su amor, y Rapart y Bonnasseau para desesperar á Lionelo y hacerle caer en las redes de aquella.

A las cuatro llegaron al castillo de Pontaugés.

=Señora marquesa, una visita, se ha detenido un carruaje á la puerta del jardin.

—Fanny, vé y dí que no estoy en casa; si es



alguno que quiere ver el castillo, recíbelo tú.

= Es la señora de Auray; he reconocido la librea.

— Para la señora de Auray estoy siempre en casa. Pásame un peine por la cabeza y di que bajo al momento.

— La distancia de la verja del jardín al castillo es larga y tengo tiempo de peinar á la señora marquesa. Además, vuestra tía y el señor cura estan en el salon.

La señora de Auray, seguida de sus tres huéspedes, entró en el salon.

— Mi sobrina baja al momento, dijo la señora de Ermangard, tendiendo la mano á su amiga la señora de Auray.

— No quiero que se moleste por mí, exclamó la señora de Auray; tal vez la importunaria la presencia de estos caballeros, que quieren ver el castillo de Pontaugès.

La señora de Auray tenia sus razones para expresarse así: no la convenia que su hermosa vecina conociera á Lionelo de Marny.

— Mi sobrina se está vistiendo para recibirnos, y sentiria en el alma que os fuerais sin verla.

La señora de Auray se sonrió maliciosamente.

= Siento que la señora de Pontaugès se vista para recibirme, cuando yo he venido á visitarla en traje de casa.



—No se viste en el rigorismo de la palabra, pero no podía presentarse tal como se halla: el pobre marqués se entretiene en romperle el vestido y en despeinarla; de manera que tiene que peinarse tres ó cuatro veces al día. Se necesita la paciencia de un santo para sufrir los caprichos del marqués.

=Y tu charla sempiterna, murmuró Lionel.

—La señora marquesa es un ángel, dijo el señor cura.

En aquel momento se abrió la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores y apareció en su dintel la marquesa de Pontaugés.

=Siempre el mismo vestido, pensó la señora de Auray mirando à la marquesa.

—¡Porte de reina! murmuró el hombre del imperio.

=Es el vivo retrato de la señora de Boullard, se dijo el agente de cambios. ¡Maravillosa semejanza!

=Hoy me parece mas hermosa, tartamudeó Lionel.





IV.

Pr. liminares.

Obra fué de un segundo para Lionelo ver á la marquesa y trazar su plan de campaña.

— Esa mujer me conviene, se dijo el jòven; es hermosa y está casada con un imbécil. La resistencia no será larga. Lo siento..... por la señora de Auray.

Y como, por uno de tantos misterios que ignoramos, nuestros pensamientos obran sobre las personas que los inspiran, la marquesa de Pontauges se sintió terriblemente turbada en presencia de Lionelo de Marny.

Y no experimentò ese sobrecogimiento misterioso, ese temblor inespicable, ese terrible golpe en el corazon que es sintoma cierto de un amor súbito è invariable, no; experimentó ese espanto,



ese instinto de un alma supersticiosa que siente que va à decidirse la suerte.

Lionelo, fatuo y presentuoso como todo hombre indiferente, interpretó en su favor la turbacion de la marquesa, y, acercándose á ella como si la conociese de toda la vida, le dijo:

—Tenemos que pedirnos mil perdones, señora: estos caballeros y yo cometimos ayer la imprudencia de interrumpir vuestras meditacionés...

—Mis meditaciones eran las de Lamartine, contestò Laurencia sonriéndose.

—El trozo que recitábais eran del gran poeta, dijo el agente de cambios.

—No le recitaba precisamente, le leía, y creyendo que os burlábais de mi me declaré en precipitada fuga con mis meditaciones... debajo del brazo.

—Hicisteis bien, amiga mia; estos caballeros manejan mejor la sátira que el fusil. No tienen punteria mas que en los salones. Vivid prevenida.

La señora de Auray pronunció tan intencionadamente estas palabras, que subió de punto la turbacion de Laurencia.

Por el contrario; este arranque de celos hizo feliz á Lionelo.

—Teme que consiga agradar á la marquesa, se dijo; luego la empresa no es imposible.



Lleno de confianza, Lionelo clavó en la marquesa una mirada tan tierna que pecaba de apasionada. Lionelo tenía los ojos de fuego.

—Estamos desperdiciando un tiempo que tal vez es preciso para vos, añadió la señora de Auray. Os devuelvo vuestra libertad; yo conozco el castillo y acompañaré á estos caballeros, sirviéndoles de *cicerone*.

Y, así diciendo, la señora de Auray se levantó, dando un paso hácia la puerta, en medio del asombro general: nadie acertaba á explicarse aquella precipitación.

Rapart y Bonnassean no parecían dispuestos á seguirla por no hacerse cómplices de su descortesía.

La señora de Ermangard y el cura permanecieron arrellanados en sus sillones, mirándose en son de consulta.

Laurencia se atrevió á levantar los ojos del suelo, clavándolos en Lionelo, que era dueño de sí mismo, comprendió de lo que se trataba y no pudo menos de sonreirse.

¡Qué deprisa caminan los corazones! Sonreír propio tiempo por una misma idea que no se dice... es casi pasar de la etiqueta á la intimidad. El tiempo vá mas despacio.

La señora de Auray sorprendió aquel primer



sintoma de inteligencia, y cayó en el error comun todos los celosos: en el error de sincerarse.

= Sí, amiga mia, debeis estar cansada de representar cien veces al año, sino todos los dias, el papel de *ciceroni*, repitiendo siempre: «Aquí durmió Francisco I; aquí pasó una noche Diana de Poitiers.» Quedaos, os lo suplico.

Laurencia obedeciò, volviendo al salon despues de haber acompañado á la señora de Auray hasta la puerta del jardin.

Se sentó en la misma silla, en cuyo respaldo habia apoyado Lionelo su mano, y fijando una lánguida mirada en la mesa, se turbó hasta el punto de desmayarse.

¿Por qu'?

En el capitulo siguiente lo veremos.





IV.

Un pretesto.

La señora de Auray conocía el castillo de Pontauges palmo á palmo, é hizo su historia magistralmente, no dejando nada que desear á sus amigos.

Lionelo mientras tanto, buscaba un pretesto para volver al salon, donde esperaba hallar á la marquesa.

De improviso, dándose una palmada en la frente, exclamò.

= ¡Cabeza como la mia!... Me he dejado el baston arriba.

—Creo que le habies dejado en la capilla cuando os sentasteis á tocar el órgano, dijo la señora de Auray.



= Ya no le tenia; creo mas bien que me lo he dejado encima de la mesa del salon, al lado de un album. Consecuencias de vuestras precipitaciones.

—Juraria que no le habeis olvidado...

—Entonces él me ha olvidado à mi... Si me lo permitis....

= No contrarieis à la seüora de Auray, dijo Bonnasseau à Lionelo. Envia à buscarle mañana ó ven à buscarle tú mismo.

Parecióle à Lionelo escelente la idea y la aceptó con júbilo.

—Sirvate de baston hasta mañana, añadió Bonnasseau, siempre en voz baja, esta rama de árbol.

—Acaso has puesto la mano en el árbol favorito de la marquesa.

—Su marido se pasa el dia destrozando los árboles mas frondosos y quemándolos.

—Es verdad, repuso la seüora de Auray. Su mujer le baja todos los dias al jardin, ni mas ni ménos que pudiera hacerlo con un perro, y le deja despedazar y comerse todo lo que cae en sus manos.

= ¡Delicioso! ¡delicioso! exclamó Melchor Bonnasseau. Todas las mujeres llevan à sus maridos; pero à ninguna se la ha ocurrido hasta ahora llevarlos... à pastar.



—¿Qué pueblo es ese que se vé á la derecha? preguntò Lionelo para cambiar de conversacion.

= Champigny; mañana es su fiesta, y le haremos nuestra correspondiente visita, si os parece.

= ¡Tendrá que ver la fiesta de Champigny! En fin, haremos lo que querais, dijo Bonnasseau.

— ¿Os acordais, Bonnasseau, cómo nos reimos el año pasado del *tren* de la señora marquesa de Pontauges? Si lleva este año el mismo, no necesitamos mas para pasar un buen dia. Vos, Lionelo, que sois tan aficionado á los caballos ingleses, os vais á desternillar de risa.

= Nos reiremos, dijo Lionel, si Laurencia vá á Champigny.

= ¿Cómo es que, siendo tan rica, vive tan pobremente la marquesa de Pontauges? preguntó el general.

= La elegancia y las buenas maneras no se compran. Laurencia tiene dinero, pero no tiene buen gusto.

— El gusto se adquiere, repuso Lionelo. Unos cuantos meses de París bastan para pulir la mas áspera naturaleza.

= ¿Os vais á encargár vos de su educacion? preguntó la señora de Auray, frunciendo visiblemente el ceño.

Lionelo comprendió que habia cometido una torpeza, y se asoció apresuradamente á la señora



de Auray y á sus amigos para mofarse de la marquesa de Pontauges.

Hablar mal de lo que gusta, para ocultar qué gusta, es la mas vulgar y la mas añeja de las astucias; sin embargo, su éxito es seguro.

—¿Conoceis á su marido? preguntó Lionelo.

= Sí; antes [de la revolucion de Julio solía de vez en cuando bajar al salon; pero ahora...

—Se oculta como *los realistas*, repuso el general.

= ¡Le impresionaron tan terriblemente *las gloriosas jornadas!*...

Desde entonces vive encerrado en la biblioteca del castillo, por cuya razon no hemos podido verle. Cada vez que oye abrir la puerta, corre á refugiarse debajo de una mesa, cubierta con un tapete verde, y allí permanece dias enteros.

—¿Y para qué le sirven los libros de la biblioteca?

= Se divierte en ojearlos, buscando las láminas.

—¡Angelito!

—Laurencia me enseñó un dia una magnífica edicion de las obras de Racine, hecha pedazos, hoja por hoja, por su marido.

—Es absurdo dejarle abandonado á sus manías.

= Su mujer no se atreve á contrariarle. La



bondad, mas que naturaleza, es pretension en ella: aspira al dictado de *ángel*.

Lionelo sancionó con una sonrisa encantadora esta estudiada malignidad.

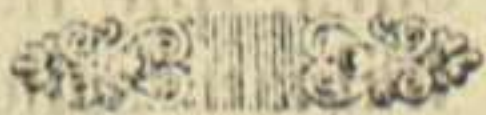
—Pero lo peor no es eso, añadió la señora de Auray; lo peor es que ama à su mujer... como un loco.

—Como lo que es, replicó Bonnasseau.

—Se pasa las horas muertas acariciandola.

—¡Horror! exclamó Lionelo; eso basta para que me repugne la tal Laurencia. Así fuera mas bella que un ángel de Murillo; así tuviera mas talento que Mad. Stael, nunca podría amarla. ¡Qué rival!... ¡Un loco!..

La señora de Auray sintió que se le aligeraba de un gran peso el corazón; habia dicho lo que quería decir, habia conseguido lo que se proponia y cambió de conversacion.





VI.

Amigos antiguos.

Al día siguiente Lionelo estaba en casa de la marquesa de Pontanges sentado, ó mas bien tendido en un gran sillón, hablando, riendo, jugando con los libros, atizando la chimenea, ni mas ni menos que si estuviera en su propia casa.

Feliz ó fatalmente, cuando llegó, Laurencia estaba sola; su tia y el cura, que no se separaban de ella un momento, habian salido y no volverian hasta la hora de comer.

Esta circunstancia, insignificante en la apariencia, fué sin embargo decisiva. ¡Comó hablar libremente, siquiera sea de frivolidades, delante de dos personas raras y antipáticas!

Figurémonos lo que hubiera sucedido.



El criado anuncia:

—El señor de Marny.

La señora de Pontauges saluda atentamente. Lionelo avanza con paso tímido y saluda al cura y á la tía.

—Vuelvo, señora marquesa, bien á pesar mio, á importunaros; pero ayer.....

—Sí, os dejásteis el baston sobre aquella mesa, dice la tía interrumpiéndole. Al verle duda de que fuera vuestro. Por su puño de oro y sus borlas descomunales, más bien parece el baston de un médico que el de un jóven distinguido. Allá por los años de 1792.....

Aquí interviene la marquesa de Pontauges para librar á Lionelo de una nueva edicion de la revolucion francesa.

=¿Ha descansado la señora de Auray de la expedicion de ayer? pregunta Lionelo. ¿Llegásteis antes de que empezara á llover?

=Tuvimos esa fortuna.

=Y agotada la conversacion, Lionelo hubiera tenido que retirarse..... con su botin y una idea poco favorable del trato de la marquesa de Pontauges.

Pero no sucedió así: Lionelo entró en el salon como el vencedor en la ciudad conquistada. Al oír su nombre, se turbó Laurencia de tal manera que la timidez hubiese sido en él un crimen.



= Sin duda creceis, señora marquesa, que vengo por mí baston, dijo.

= No, le contestó Laurencia.

— Luego imagináis....

— Imagino que venís á disculparos de lo ocurrido ayer, haciéndoos voluntariamente responsable del pecado de descortesía de mi amiga la señora de Auray. ¿Venís en nombre suyo, por ventura?

El plomo y la gracia con que Laurencia pronunció estas palabras desconcertaron visiblemente á Lionelo.

— ¿Sabéis que, adivinando mis pensamientos, me dais derecho para revelarlos.?

Y clavó una mirada tan penetrante en Laurencia, que esta sintió la necesidad de huir de Lionelo.

--- ¡Qué magnífico tiempo hace! exclamó levantándose y acercándose á una de las rasgadas ventanas del balcón. ¿Quereis que demos un paseo por el jardín?

No olvidéis señora marquesa, que he andado dos leguas á pié y tengo que andar otras dos. Mejor estamos aquí.

Laurencia comprendió que habia dicho una necedad, y, haciendo un esfuerzo para sonreír, se volvió á sentar al lado de la chimenea.

--- Sí, mejor estamos aquí, repitió Lionelo, adelantando el sillón hacia la chimenea, con los ojos



clavados en los pies de Laurencia, los pies más preciosos que había visto en su vida.

Laurencia, como inteligencia, era difícil de desconcertar; como mujer, la menor cosa la ruborizaba. Tenía contestación para los más atrevidos pensamientos y las más intencionadas palabras; pero una mirada indiscreta la turbada como á una niña.

De repente Lionelo levantó la cabeza, y encarándose con la marquesa la dijo:

—¿Ireis este invierno á París, señora?

Hacer esta pregunta era abrir ante los asustados ojos de Laurencia los horizontes del porvenir.

—No, contestó tristemente.

—Tanto mejor.

—¿Por qué tanto mejor?

Si hubiérais contestado afirmativamente, hubiera dicho también «tanto mejor.»

—Os dá lo mismo que vaya á París ó permanezca en Pontauges; ¿no es esto lo que habeis querido decir?

—Demasiado sabeis, señora, que nada que se refiera á vos es indiferente para mí, dijo Lionelo, clavando una mirada de fuego en el pálido semblante de Laurencia.

—Veo que me confundis con el vulgo de las mujeres queriendo hacerme creer que os ocupais



de mí cuando apenas me conocéis, repuso Laurencia sonriéndose.

— Os conozco como si nuestra amistad datara de larga fecha; sé todo lo que hay en vuestro corazón como si hubiera hecho largos estudios sobre él. Por otra parte, la vida que haceis es vuestro mejor elogio. No se necesita entrar en el odioso terreno de las comparaciones para apreciaros en lo que valeis. La señora de Auray, pobre, se casó con un hombre rico, de talento, leal y generoso, á quien pone en ridiculo y engaña á todas horas... Vos, hermosa como un ángel, virtuosa como una santa, tenéis veinte años y e en mil libras de renta y vivis aquí, en el campo, consagrada á cuidar un pobre enfermo que no puede apreciar vuestro sacrificio... Sois una mujer en quien no se puede pensar friamente, á quien no se puede contemplar sin adoracion. ¡No es verdad todo esto? Confesad que os conozco, confesadlo... Hace dos dias, que solo pienso en vos, tal vez consiste en que me aburro horriblemente en casa de la señora de Auray y la menor distraccion me parece agradable; tal vez si fu'rais menos bella y menos buena, pensaria tambien en vos; la verdad es que sois mi ángel bueno... Estaba triste; tenia esplin é iba á matarme: os he visto y vuelvo á amar la vida.

Dijo Lionelo este largo parlamento, ya con



trágica gravedad, ya con ligereza cómica: á fuer de hombre ducho en la materia, reveló sus sentimientos, sin hacer precisamente una declaración de amor.

Laurencia sentía por momentos la necesidad de dar nuevo giro á la conversacion: estaba rendida, pero no quería declararse vencida.

= Pues yo creía, dijo, que se pasaba el tiempo admirablemente en casa de la señora de Auray. ¡Está tan acostumbrada al trato de gentes; tiene una conversacion tan agradable!....

= En Paris se busca eso, el trato agradable, la conversacion animada; pero en el campo se necesita otra cosa. La señora de Auray es, como adorno de salon, aceptable; en el campo es una mujer vulgar. En el campo no cautivan mas que los caracteres verdaderos, y, en la señora de Auray todo es ficticio. Hija de Paris, la sienta bien Paris; aquel es su centro. Su hermosura prestada, parece allí verdadera; aqui se la cae la máscara y dignifica el verla. El otro dia, sin ir mas lejos, se bajó á cojer una flor, y se le cayó al suelo la mitad de su decantada caballera negra. Se rió como una loca; pero yo ví asomarse á sus ojos una lágrima de despecho, de ira. Mas tarde, hizo pagar á su marido con un mohín de desprecio aquel cómico incidente.

—Sin embargo, nunca falta gente en su casa.

= Pero ¡qué gente!... Vulgo, nada mas que



vulgo. En el gran mundo, en la alta sociedad, no se la recibe; se la consiente, gracias á la posicion y á las buenas relaciones de su marido.

— ¿Cómo se llama vuestro amigo, el que me oyó recitar los versos de Lamartine?

— Bonnasseau. Es un necio que no carece de talento. Dicen que la señora de Auray le hace la corte... ¡Hay tan malas lenguas en Paris!...

— Pues yo creía... tartamudeó Laurencia.

— Triste opinion teneis formada de mí, señora marquesa, pero ya llegará la hora de la justicia para mí. Pues como os iba diciendo, me habeis arrancado del borde del sepulcro... ¡Ah! no vayais á Paris, porque tendria celos de todo Paris.

--- Tranquilizaos, no iré á Paris; aqui vivo y aqui moriré.

— ¿Por qué?

Laurencia no contestó, dejando caer tristamente la cabeza sobre el pecho.

Sin embargo, las miradas de Lionelo la interrogaban.

--- Amaury es aquí amado y respetado, no obstante su demencia. En Paris, todo el mundo se burlaria de él, y mi desgracia seria mayor.

— En Paris hay casa de locos...

— ¡Ah!... no... Mientras yo viva, nadie maltratará á mi marido. Solo yo ejerzo alguna influencia sobre él... me ama y le amo. Sin mí, no podria



vivir. Hace algunos días tuve que guardar cama, y durante ellos no ha querido salir, ni siquiera comer. Ya lo veis, no puedo abandonarle.

Laurencia rompió á llorar.

—Perdonad, exclamó Lionelo conmovido... os ama, le amais... ¡Cuán digna sois de ser amada!

—Está allí... en la biblioteca, donde no puede entrar nadie mas que yo... ¿Veis aquel pequeño jardín? En él pasa las primeras horas de la mañana, ya recorriéndolo apoyado en mi brazo, ya sentado á mi lado á la sombra de los árboles.

—¿Y no temeis que un ascenso de cólera?...

—No está loco precisamente... tiene embotadas las facultades intelectuales por consecuencia de un gran susto. Yo me he criado con él. ¡Era tan inteligente, tan bueno!... Niño, me amaba ya. Pero yo he crecido y él continúa en la infancia. Huye de todo el mundo, escepto de mí. No, nada tengo que temer de él.

—¿No habeis consultado á los mejores médicos de Francia acerca de su dólencia? ¿No le ha visto Esquirol?

—Su madre ha hecho todo lo que puede hacer una madre por su hijo; desgraciadamente, todos los ensayos han fracasado.

Laurencia dejó caer la cabeza sobre el pecho para ocultar su turbacion.

—Son las cinco, dijo, y me reclaman mis de-



beres de esposa: es la hora del paseo.

= ¡Tan tarde ya! exclamó Lionelo..... ¡Buen sermón me espera! Bien vale el tiempo que he pasado aquí una mala razón de la señora de Aurray.

= ¿Volveremos á vernos?

= Vendré todos los días.

= ¡Qué triste estoy! murmuró Laurencia.

= ¡Qué feliz soy! se dijo Lionelo.

Así terminó aquella visita, que tan tristes consecuencias debía tener.

Si Lionelo uo hubiera hallado sola á la marquesa de Pontauges, nada hubiera sucedido.





VII.

Dos leguas á pié.

A medida que Lionelo se alejaba del castillo de Pontauges, su amor á Laurencia disminuía.

= ¡Qué mujer tan adorable pensò en los primeros momentos!... ¡Qué sensibilidad tan sin afectacion, tan verdadera! ¡Nada de esas grandes frases que hielan los màs bellos sentimientos!...

Otra mujer hubiera dicho: «Mi deber es consagrarme á mi esposo,» y se habria hecho la victima y puesto en el quinto cielo su abnegacion...

Ella, por el contrario, ha hablado de él con verdadera ternura, con sincera conmiseracion. «Le amo como á un niño que no puede vivir sin mí,» ha dicho. Hay mujeres que hacen gestos horribles cuando lloran; sus lágrimas resbalaban por las



mejillas como las gotas de rocío sobre las hojas de la flor... ¿Dará al traste con el poco juicio que me queda la marquesa de Pontanges? ¡Qué mano!... ¡qué pié!... ¡qué talle!... ¿Tambien se encapota el cielo de repente?... Apretaré el paso, por lo que pueda suceder... Esto se llama aquí dos leguas; en cualquier parte son tres, largas de talle. Si vuelvo volveré á caballo... Y ¿por qué no he de volver? = ¿Qué impresion habré causado en su alma? ¡Oh! ¿me amarà? Está cerrada la verja del parque... ¡Picaro Guillermo! ¿Qué hora es? Las siete y media... Apenas tengo tiempo para vestirme... Estoy rendido y muerto de hambre... Solo falta que me hayan guardado la comida debajo de la mesa.

Lionelo tuvo que dar la vuelta al jardin, renegando de Guillermo, que cerraba la verja á las siete y media.

Lionelo es el tipo de los elegantes de Paris. Para hacer el amor necesitaba estar á gusto: el menor inconveniente apagaba el fuego de su passion.

Habia regañado con su primera prometida porque hacian humo las chimeneas de la casa.

Con la segunda, porque tenia dos perros que le lamian las botas, deslustrándolas.

Con la tercera, porque se mudò á un barrio extraviado.



Con la cuarta, porque su carruaje no podía entrar en el portal.

Pero no estaba en el secreto de su inconstancia.

No le costó gran trabajo hacer crecer á la señora de Auray que se habia aburrido grandemente en su largo paseo: como su semblante revelaba un profundo cansancio, la señora de Auray no sospechò nada.

= ¿Marcha el negocio á medida de tu deseo? le preguntò al oido Melchor Bonnasseau.

= Tan á medida de mi deseo, que estoy decidido à abandonarle, repuso Lionelo.

= ¡Diablo! exclamó Melchor, ¿te ha recibido mal?

Bonnasseau se interesaba vivamente por el triunfo de Lionelo, que era un rival peligroso.

La noche se pasó hablando y jugando al whist y al billar.

—¿Tengo cuatro leguas en el cuerpo y quereis que ande otras cuatro alrededor de una mesa de billar? dijo Lionelo à sus amigos. Jugad vosotros; yo voy à acostarme.

Y Lionelo se durmió renegando de la mujer que le habia hecho andar cuatro leguas.





VIII.

**Una buena comida.**

Al día siguiente Lionelo se despertó tarde, se vistió á la lijera, bajó al comedor, almorzo, y desde el comedor se trasladó al jardín apoyado en el brazo de su amigo Bonnasseau.

—¿Piensas volver á andar hoy las dos leguas que nos separan del castillo de Pontauges? le preguntó maliciosamente Melchor. El tiempo convidaba á pasear.

—Estoy escarmentado de las expediciones campestres, le contestó Lionelo. Cuando vuelva á campo traerè muchos bastones por si se me pierde alguno.

Lionelo no decia la verdad; el único pensamiento que le preocupaba era este: volver á Pontauges.



Una vez satisfechas las necesidades de la vida real, las necesidades intelectuales, los sueños de la imaginación, las aspiraciones del alma se dejan sentir imperiosamente.

Después de dormir bien y de almorzar mejor, Lionelo cayó en la cuenta de que tenía alma; que su alma necesitaba amar, y la imagen de Laurencia, radiante de hermosura, se presentó á sus ojos.



IX.

Una mala noche.

Mientras Lionelo dormía á pierna suelta, Laurencia llamaba en vano al sueño.

Agitábala una emocion desconocida, haciéndola sufrir horriblemente á la vez que inundándola de una suprema felicidad.

Aquella no era la vida que venia arrastrando desde la infancia; aquel no era el cielo en que tantas veces habian buscado sus ojos la estrella de salvacion.

Ya tenia algo dentro del corazon; ya tenia algo incrustado en el cristal de sus ojos: la imágen de Lionelo.

¡Qué mirada tan avasalladora! Todavía la sentia pesar sobre ella como una losa de plomo, y



cerraba los ojos, como si los ojos de Lionelo estuvieran allí, fulgurando en la oscuridad.

Lionelo era maestro en el arte de magnetizar á las mujeres mirándolas.

¡Qué voz tan penetrante y tan dulce á la vez! ¡Si las inflexiones de la voz pudieran escribirse!.. Las mujeres comprenderán lo que no acierto á decirles sobre las inflexiones de la voz del hombre amado.

Todo era seductor en Lionelo, en quien el deseo de agradar era un instinto y una pasión; ó mas bien una tendencia, de la que habia hecho un arte.

No teniendo graves ocupaciones, y siendo demasiado rico para pensar en negocios y demasiado independiente para aceptar una posición oficial, hizo la vida ociosa del hombre elegante, hasta que, llegado á la mayor edad, fué elegido diputado.

Pertenecía á esa clase de personas que por su rango, ó mas bien por sus pretensiones, se cotizan en mas de lo que valen; no pueden aceptar puestos subalternos, ni aspirar á posiciones elevadas.

Lionelo, que hubiera sido un mal sub-prefecto, se habria rebajado aceptando una sub-prefectura. Su posición pedia mas; su valor ficticio le elevaba mas alto. Nunca habia hecho nada, ni da-



do prueba alguna de su capacidad; pero se esperaba mucho de él, y el, que era sagaz, sabia descontar previamente el credito que espera gozar.

El amor era el único asunto importante de su vida; en vencer mujeres fundaba todo su orgullo.

Pocas mujeres no le temian. ¡Las conocia tan bien! Le bastaba ver á una mujer dos veces para saber lo que necesitaba hacer para agradarla.

Hé aquí por qué Laurencia, sencilla de corazon, ignorante de las cosas del mundo, pero preparada por una imaginacion novelesca, fué tan de improviso vencida por Lionelo.

¡Qué profunda perturbacion no causaria en el olvidado castillo de Pontauges, donde nada se sabia de la vida del mundo, la aparieion de un hombre, dechado de amabilidad, modelo de elegancia!

¡Qué sentimientos no despertaria su presencia en aquella pobre mujer, que no sabia aun lo que era amar y cuya vida se habia deslizado monótonamente entre un cura demasiado tolerante para inspirarle una devocion apasionada que llenara su corazon; una tia demasiado ignorante para darla ideas que poblaran el desierto de su imaginacion, y un marido imbécil á quien hubiera podido engañar impunemente!

Laurencia pasó la noche pensando en él.

Su corazon se refugió en lo más recóndito del



pecho para saborear sus impresiones, como los animales se refugian en lo más profundo del bosque para devorar su presa.

Se levantó al amanecer dando vueltas en su cabeza á este triste presentimiento: «Lionelo no vendrá hoy.»

La duda es la enfermedad mortal del amor.

Por otra parte, no hay nada más enojoso que amar á un hombre á quien no se conoce, á quien no se puede ver todos los días.

Pero Laurencia recordó que Lionelo la habia prometido volver, y el fuego de la esperanza secó sus lágrimas y engendró una incomparable sonrisa en sus labios.

¡Los primeros días del amor! ¡Oh!... ¡No hay nada comparable á los primeros días del amor.

El amor es un niño...—Pero esta comparación, á más de no pertenecerme, es vulgar. Veamos si puedo revestirla de formas que le den alguna novedad.

El amor, como todos los niños, no embelesamos que á cierta edad. Nada más encantador que un niño de tres á seis años, que empiezan á hablar y andar. Es bueno, porque nos necesita; es obediente, porque tiene miedo; hasta cuando se encoleriza nos hace reir.

Crece, y ya no es lo mismo, todas sus buenas



cualidades han desaparecido; le regañais, y vuelve la cabeza con desprecio; le hablais amistosamente, y os contesta con despego, llegando su insolencia al punto de que la madre mas tierna tiene que pensar formalmente en enviarle al colegio.

El amor es como ese niño. Los primeros dias de su nacimiento son los dias de oro de su vida. No se atreve á hablar; vacila al dar un paso; suplica, implora, espera; es obediente, porque teme desagradarnos; es bueno, porque no es independiente. Pero más tarde... está seguro de que nos domina, ó se cansa de dominarnos, y se hace malicioso, insoportable, déspota... y no tenemos el recurso de poder mandarle á la escuela.

La señora de Ermangard, encontró aquella mañana á su sobrina más pàlida que de costumbre,

—No vayais a poneros mala, le dijo; he prometido á Clorinda llevarla á la funcion de Champigny y quiero que nos acompañeis.

Estas palabras fueron un rayo de luz para Laurencia.

—La señora de Auray, se dijo, va todos los años á Champigny... Mañana veré en Champigny á Lionelo. Contad conmigo, añadió levantando la voz.

Laurencia, preocupada con la esperanza de ver



á Lionelo en Champigny, cometió aquel dia mil torpezas.

Le anunciaron al subprefecto, y tuvo al pobre hombre esperando hasta las cinco de tarde... desde lo una.

Llamó à su tia tres ó cuatro veces *señor cura*, y cuando el señor cura la preguntó si iria á Champigny le contesió:—Si, tia mia.

Todas estas torpezas que llaman los indiferentes distracciones son... indicios de una gran passion para los observadores.





IX.

Vanidad y vanidad.

—¿De qué os reís, señorita?

—De nada, caballero.

—Sin embargo, os reís.

Lo que hacia reír à la señorita Clementina Berlin y á su hermana era que habian visto abrazar un aldeano á una aldeana en el fondo del portal de la casa de enfrente; yo no sè cómo, pero la verdad es que estas cosas siempre las ven las muchachas.

—Os dirè de qué nos reimos, añadió Clementina, que no queria decir de lo que se reían; nos reimos de los guantes verdes de aquel cochero.

—¡Es ella! exclamó Melchor Bonnasseau, he triunfado.



Y, dirigiéndose hácia un grupo en que estaba la señora de Auray, añadió:

—Allí viene la marquesa de Pontauges.

La marquesa se puso en movimiento, seguida de su estado mayor, compuesto de media docena de mujeres de París y de las inmediaciones, algunos jóvenes elegantes, y, en último lugar... los maridos.

El estado mayor de la señora de Auray, situóse en correcta formación á ambos lados del camino: la consigna era reirse lo menos posible de la pobre marquesa de Pontauges.

Avanzó el carruaje, de formas históricas, tirado por dos caballos que parecían dos osos; tan largo y enmarañado tenían el pelo. El cochero vestía una casaca encarnada que, no obstante sus dimensiones, le venía estrecha; pantalon de machon, que le llegaba á media pierna; corbata blanca, que le subía hasta el labio inferior; sombrero galoneado; con plumas de pavo real, que le bajaba hasta las cejas, y... guantes verdes.

El lacayo vestía el mismo traje que el cochero; pero, como era estremadamente más flaco que el cochero, no se le veía de la cara más que la nariz, y de los piés y de las manos más que las puntas, negras estas, verdes aquellas: parecía una percha colocada en la trasera del carruaje.

Al ver á la señora de Auray, Laurencia maudó



parar, y un momento despues descendieron desde las alturas da aquel inmenso cajon, bautizado con el pomposo nombre de carruaje, una muchacha baja, gruesa, medio jorobada y completamente patizamba; la señora de Ermangard, muy peripuesta; el Sr. Cura, muy estirado, y la marquesa de Pontauges, vestida á la antigua usanza, pues no es facil definir la época de su traje.

La medio jorobada y completamente patizamba era ¡Clorinda!

Huérfaña à la edad de doce años, la señora de Pontauges se hizo cargo de ella, poniéndose en ridiculo, porque á los ojos del mundo es ridiculo proteger á lo que verdaderamente necesita proteccion, es decir, á la pobreza y à la fealdad.

Hacerse cargo de una muchacha bonita, prohibirla, es una buena accion; abrir los brazos á un mónstruo... es un crimen. Dentro dela caridad caben el buen gusto y las conveniencias sociales.

= ¡Que horror! exclamaron las señoritas Belin al ver á Clorinda.

La señora de Ermangard ocultaba los restos de su blonda cabellera bajo un sombrero redondo, con plumas, y los fragmentos de su ebúrneo seno bajo una esclavina de tul bordado, que contaba más de una primavera, y á través de la cual se veia una chambra de algodón, de color de carne,



sin duda para imitar la naturaleza y que la ilusión fuera completa.

Laurencia ¡pobre Laurencia! llevaba un enorme sombrero de paja de Italia, con su correspondiente plumero; su vestido era de muselina de la India, de color de tórtola, pero de tal *confeccion*, como ahora se dice, que trascendia desde legua á provinciano.

Clorinda, la señora de Ermangard y Laurencia formaban un conjunto verdaderamente risible, destacándose de él, como principal figura, Laurencia, que llevaba colgados del brazo derecho á su tía y el izquierdo á su horrible protegida.

No era posible amar á mujer tan *cursi* por su traje como por su compañía, y menos habiendo allí mujeres de París que podrán no tener corazón, pero que visten admirablemente.

Las señoritas de Belin, mas impresionables ó peor educadas, prorumpieron en una carcajada, echando á correr hácia Champigny. Lionelo las siguió, renegando de Laurencia, para no hacerse solidario de su mal gusto, ni de su ridícula situación.

La ocasión de huir le pareció propicia, y dió el brazo á la mayor de las dos hermanas; la mas jóven tomó el de su padre.



La señora de Auray abrumó á cumplidos á Laurencia.

—Venid, amiga mia, la dijo, y puesto que vos no teneis... protectores, mi marido os dará el abrazo.

Lo cual queria decir: «No sois una mujer á la moda como yo, cuyos favores se disputa todo el mundo.»

En esto se fijó la señora de Auray en dos jóvenes que conversaban animadamente á corta distancia del grupo que formaban ella, su marido, el general, Bonnasseau, Laurencia, la señora de Ermangard, el cura y Clorinda.

Casi simultáneamente, uno de los dos jóvenes, el mejor mozo y el mas elegante, se fijó en la marquesa de Pontauges, y dando un paso hácia ella:

—¿Sois vos, mi querida prima? preguntó. ¿Como os habeis atrevido á abandonar vuestro retiro?

—Lo mismo puedo deciros yo. ¿Cómo es que os hallais aqui? Os creia en Italia.

= Lleguè ayer, y no hubiera dejado pasar el dia de hoy sin ir á ofreceros mis respetos.

La patizamba tiró del brazo á Laurencia y la dijo:

= Quiero comer pan de higos.

—Ven, yo te lo compraré, la contestò la señora de Ermangard, alejándose con ella.



La marquesa de Pontauges se quedó sola con su primo, que la ofreció el brazo para reunirse á la disuelta caravana.

—Permitidme que os presente uno de mis mejores amigos, á quien sin duda conoceréis de nombre, por ser autor de uu buen libro, *La fisiología de los egoistas*.

= Lo he leído dos veces; es un precioso libro.

Fernando Dulac estrechó galantemente la mano que le ofreció la marquesa de Pontauges, y la conversacion recayó sobre los autores mas en moda.

Entre tanto la señora de Auray y sus amigas recorrian las tiendas, comprando fruslerias y esperaban al grupo de los maridos para que pagasen.

En cuanto llegó el Sr. de Auray. le preguntó su mujer:

= Quien es ese jóven que dá el brazo á la señora de Pontauges?

= El principe de Loisberg.

—Ah! exclamó la señora de Auray; ¡el principe de Loisberg!

Decir «el príncipe de Loisberg» era decir el hombre más elegante de Francia.»

La señora de Auray deseaba conocerle hacia mucho tiempo; pero el príncipe residia generalmente en Italia.



= Y el otro jóven que los acompaña, ¿quien es?

= ¿No le conocéis? Es una de nuestras celebridades literarias: Fernando Dulac.

= ¿El autor de *La fisiología de los egoistas*?

Un hombre de talento en una fiesta de aldea es una verdadera novedad.

Al llegar à la altura del castillo de Champigny, Laurencia viò á Lionelo apoyado negligentemente en la verja del parque.

Habia huido de ella, y |en aquel momento hacia inauditos esfuerzos por fijar su atencion.

Laurencia no era ya la misma mujer para Lionelo.

Entre la señora de Ermangard y Clorinda le pareció soberanamente ridícula.

Entre el príncipe de Loisberg y Fernando Dulac volvió á parecerle encantadora.

Era imposible no amar á una mujer tan bien acompañada.

Lionelo se acercò á la marquesa y á Fernando Dulac, á quien conocia.

—¿Quereis bailar, señora marquesa? dijo à Laurencia.

—Espero á mi tia, le contestò Laurencia.

= Héla aquí, repuso Lionelo, adelantándose hácia la señora de Ermangard con el sombrero en la mano.

—¿Y Clorinda, tia? le preguntó Laurencia:



—Se ha empeñado en volverse al castillo.

—Vamos al baile, dijo Laurencia.

Algo apostaríamos à que nuestros lectores no caen en la cuenta de lo que Lionelo tuvo que hacer para no separarse de Laurencia: ofrecer el brazo... ¡a la tia!!!

Las señoritas de Belin, al verle, prurumpieron en una carcajada, que Lionelo hizo como que no oia.

La duquesa de Champigny, la reina de la funcion, estaba en la sala de baile.

—¡Qué cara os vendeis, amiga mia, exclamó estrechando afectuosamente la mano de Laurencia! Aquí hace un calor insoportable. Si no queris asfixiaros, venid à mis habitaciones y tomareis un sorbete.

Laurencia vaciló.

—Vuestra tia y este caballero, añadió la duquesa, señalando à Lionelo, pueden acompañarnos.

Lionelo aceptó la invitacion y siguió à la duquesa y Laurencia, siempre del brazo con la tia.

La señora de Auray, al verle desaparecer detrás de la duquesa, à quien no conocia, no pudo ocultar su asombro y estuvo todo el resto de la tarde de un humor endiablado.

Mientras Lionelo hacia su negocio, granjeándose las simpatias de la duquesa de Champigny,



que le convidó á comer para el jueves siguiente.

—Comerá con nosotros un génio, un verdadero génio, exclamó la duquesa, á quien no os pesará conocer, amiga mia.

—¡Un génio! Decidnos su nombre.

= No puedo complaceros; es tan caprichoso que nunca puede contarse con su palabra; pero no importa, sino por él, venid por mí.

La conversacion se prolongò hasta la una de la mañana.

= Si no teneis compasion, dijo Lionelo á la señora de Ermangard, tendré que volver á pié hasta la quinta de la señora de Auray, que me ha abandonado inhumanamente.

= Mi sobrina y yo os ofrecemos un asiento en nuestro carruaje y una humilde habitacion en Pontauges.

Laurencia, que no habia oido este coloquio, sintió cierto asombro al ver á Lionelo subir al carruaje y sentarse enfrente de ella.

Lionelo, por su parte, tambien se sintio maravillado de verse en aquel inmenso cajon con ruedas acerca del cual se le habian ocurrido tantos chistes algunas horas antes.





## XI.

### La vida real.

Laurencia volvió al castillo triste y desencantada; triste, porque la conducta de Lionelo le había disgustado sin saber por qué: desencantada, porque su instinto la decía la verdad de lo sucedido: sin embargo, no se creía con derecho á reconvenirle.

Laurencia ignoraba esas luchas de la vanidad, que hacen tan agradable la vida y á veces tan insufrible; vanidad de nacimiento, vanidad de fortuna, vanidad de amor, vanidad de inteligencia.

El miserable secreto de su conducta no estaba al alcance de su penetración, y no podía decirse: «ha renegado de mí, porque no soy una mujer



elegante como las jóvenes que le acompañaban; se ha avergonzado de mí porque le he parecido ridícula.»

Pero Lionelo no era ya para ella aquel Lionelo que había despertado en su corazón sentimientos desconocidos, y, sin poder explicarse su tristeza, se abandonaba á ella, porque sus impresiones nunca la habían engañado.

¿No habeis sentido nunca esto mismo, lectoras mías? Un hombre, que os ama, os consagra todo el día; os dice lo que deseais que os diga; nada ha cambiado en la apariencia... y, sin embargo, vuestro corazón se oprime; no teneis razón para temblar y temblais; al separarse de vuestro lado os dice: «hasta mañana», y llorais... Algun tiempo despues un desafio, una desgracia, una infidelidad os dà la palabra del enigma y exclamais sin que nadie os entienda:

= ¡Esto era!

Otra circunstancia había contribuido á enfriar el naciente amor de Laurencia: una comparación.

Lionelo era el primer hombre de la buena sociedad de París que había traspasado los umbrales del castillo de Pontauges, porque hacía cinco años que Laurencia no veía ni siquiera tenía noticia del príncipe de Loisberg.

Le comparó, pues, con Lionelo, y el resulta-



do de la comparacion no fué favorable para Lionelo.

Lionelo tenia mas talento que el príncipe; pero para comprender esto se necesitaba tratar á los dos mucho tiempo.

No digamos nada de Fernando Dulac: tenia mas talento que los dos.

Laurencia, pues, tuvo que convenir en que habia, cuando menos, dos hombres que valian tanto como Lionelo.

Conclusion peligrosa.

Ninguno de estos detalles íntimos pasó desapercibido para nuestro héroe.

Lo que no era mas que un proyecto vago, una simpatía naciente, se convirtió, si no en una pasión, en una lucha de amor propio, de la cual se prometió salir airoso.

Llegado á Pontauges le instalaron en una habitacion inapreciable para un historiador, sin rival para un anticuario; pero horriblemente grande y horriblemente fria para un hombre acostumbrado á las habitaciones de París, tan elegantes, tan cómodas.

Las paredes estaban cubiertas con tapices que representaban escenas de la Biblia: Raquel y Jacob, José vendido por sus hermanos...; pero el viento que penetraba por las junturas de las puertas y ventanas los agitaba tan violentamente, que



se temía por instantes ver en el suelo la escala de Jacob y el ánfora de Raquel.

Las ratas y los ratones agravaban la situación, corriendo despavoridos de un lado à otro y trepando por las paredes los mas osados: ¿qué habia ido á hacer allí aquel hombre?

Lionelo, que no pudo pegar los ojos en toda la noche, renegó mil veces del castillo, de sus recuerdos y de la historia: para mayor desdicha, los sábanas estaban húmedas y las mantas eran cortas, dejándole los pies descubiertos, y al mismo tiempo que de sueño se moria de frio.

Se levantó de un humor de todos los diablos se encontró sin su traje de mañana, comprado en Lóndres, tan elegante y tan cómodo.

Se acercó al espejo y se encontró terriblemente pálido; pero al fin la palidez puede explotarse: revela sufrimiento, pasión.

—¿Habeis pasado mala noche?... le preguntó la marquesa de Pontauges; me lo daba el corazón.

—Ya sabia yo que no dormiria bien, le contestó Lionelo. Estar á la puerta del paraíso....

Laurencia se puso colorada como la grana.

Llegada la hora del almuerzo, la señora de Ermangard colocó á Lionelo al lado de Laurencia. pero en frente de Clorinda, cuya fealdad convirtió en desgana su apetito.

Luego, el pan estaba correoso, el jamon duro,



las chuletas quemadas, el café claro y el vino sabia á pez.

De repente se oyó á larga distancia una especie de grito salvaje.

—El señor marqués llama, dijo un criado abriendo la puerta.

Laurencia se levantó, desapareciendo en direccion al punto de donde habia partido el grito.

¡Pobre sobrina mia! exclamó la señora de Ermangard. ¡Tan jóven, tan bella y consagrada exclusivamente al cuidado de ese idiota!... Es una abnegacion que peca en simpleza.

—¿Por qué no inclináis su ánimo á que le encierre en una casa de salud? dijo Lionelo.

—El pensamiento de vivir un solo dia separada de él subleva su conciencia. Nada se conseguirá de ella en ese sentido.

Laurencia entró en aquel momento con el cabello tendido sobre la espalda, los ojos humedecidos y la frente nublada.

Por primera vez le habia parecido enojoso el cumplimiento de su deber.

—Ya sabeis lo que mi tia ha resuelto, dijo sentándose en frente de Lionelo; dentro de una hora os devolveremos á la señora de Auray, pagándola, á la vez, la visita que le debemos.

—Escelente idea, exclamó Lionelo.

—Eso me recuerda que aun tengo que dar al-



gunas órdenes, repuso la señora de Ermangard...  
Con vuestro permiso, señor de Marny.

Siempre se concede con gusto permiso para retirarse à las personas que estorban.





## XII.

### El amor.

—Aquí hace mucho frío, dijo Laurencia; subamos á mis habitaciones.

Las habitaciones de la marquesa no separecian al resto del castillo; habia en ellas tres cosas que hacen agradable la mas humilde estancia: buen fuego, alfombras y flores.

—Aquí estamos mejor, porque aquí mando yo, dijo Laurencia; fuera de aquí, mi tia impera como un tirano. Si cayera enferma, nada mas que levemente, por espacio de dos ó tres dias, me apoderaria de las llaves y del gobierno de la casa y daria á mis amigos almuerzos de mejor gusto.

—¿Y por qué esa debilidad? repuso Lionelo.



Hacedla entender de la mejor manera posible que aqui no manda nadie mas que vos.

—Lo he intentado varias veces; pero siempre en vano. Lloro y me amenaza con irse.

En la época en que la igualdad estaba en moda, la señora de Ermangard, ó mas bien Julia Champville, se casò con un jóven indigno de ella; entendiase entónces por indigno todo hombre que no era conde ni marqués.

La naturaleza la habia dotado de un aspecto vulgar, y el trato con la familia de su marido acabó de perderla en el concepto de las personas bien nacidas, haciendo el vacío en su alrededor.

Solo conociendo el carácter bondadoso de Laurencia, se esplica el imperio que ejercia en el castillo de Pontauges y en la misma Laurencia.

=¿Es hija de vuestra señora tia esa joven que ha almorzado con nosotros? preguntó Lionelo.

=Es una huérfana, parienta lejana de mi marido, repuso Laurencia; he tenido que sacarla del colegio en que completaba su educacion, porque su fealdad la hacia odiosa á sus compañeras.

=¡Buena en todo! exclamo Lionelo. Demasiado buena ..... la bondad tiene sus limites..... fuera de ellos se hace un mal papel.....

=¡Qué quereis! Yo he traspasado esos límites porque no solamente compadezco á los desgracia-



dos, sino tambien á las personas á quienes ha favorecido injustamente la fortuna.

Lionelo no supo qué contestar.

Algunos momentos antes se habia dicho:

—Esta mujer es perfectamente absurda; debia encerrar á su marido en una casa de locos, á la jorobada en un convento y á su tia en el infierno.

Aquel sentimiento fué pasajero; la admiracion sucedió al egoismo, y con acento de profunda tristeza, dijo.

—Mi intencion no ha sido ofenderos, señora.

—No ha sido ofensa, sino dolor.

= ¡Dolor!

= Lo único bueno que tengo no os gusta, y esto me entristece.

= No sois dichosa; esto es lo que á mi me llega al alma. Si, sois demasiado buena para vuestra familia, y especialmente para vuestros primos.

Las megillas de Laurencia se coloraron ligeramente... Tener celos es tener amor.

= Hemos estado cuatro años sin vernos. Cuando me separè de él era un niño y hoy es todo un buen mozo.

= No os enamoreis de él, si no quereis que se muera de pena cierta lady Susana...

= ¡Hay por medio una lady Susana!... No temas; no me enamoraré de él.



Prolongóse la conversacion por espacio de algun tiempo, girando sobre asuntos indiferentes. Sin embargo, Laurencia y Lionelo parecian profundamente conmovidos.

Nunca habia sentido Lionelo al lado de una mujer tan dulce agitacion: el hielo de su egoismo estaba roto. Laurencia, levantándole á las alturas del verdadero amor, le hacia bueno, noble, generoso y cándido como ella. No la hablaba de su amor, pero sus miradas decian por él:

—¡Cuánto la amo!

Laurencia, con la voz convulsa, habló de su visita á la señora de Auray, de los libros que habia recibido de París, del tiempo que convidaba á recorrer los campos, de las cosas mas insignificantes y vulgares; pero, como Lionelo, se decia en lo más recóndito de su pensamiento:

—¡Cuánto le amo!

Y uno y otro hacian desesperados esfuerzos para evitar la esplosion de sus sentimientos, preparándose á la sazón, con la costumbre de amarse, á una felicidad que no estaban sus almas en estado de soportar.





XIII.

Las señoritas Belin.

Lo primero en que se fijó Laurencia al llegar à Bleville fué en las señoritas Belin, que tomaban el sol en el terrado del castillo.

Las dos hermanas, al ver, á su vez, à Laurencia, cambiaron una sonrisa burlona.

No pasó desapercibido para ellas el mal humor que en la señora de Auray habia provocado la súbita desaparicion de Lionelo, y tenian vivisima curiosidad de saber cómo le recibiria: de aquí que se trasladarán precipitadamente del terrado al salon de recibo del castillo de Bleville.

Las jóvenes, en París, al menos las que se educan en el gran mundo, están al corriente de todas las intrigas. A lo primero que se las enseña es à



agradar, y la coquetería se despierta en su corazón antes que el amor; por esto saben cómo se engaña antes que sepan cómo se ama; ignoran lo que es una falta, pero están al corriente de cómo se oculta; son á la vez sencillas y falsas, puras y corrompidas: hé aquí el secreto de su inocencia sin candor, de su impaciencia por casarse, que es simplemente curiosidad.

Este contraste entre el bien y el mal, esta amalgama de experiencia prematura y de inocencia involuntaria las dá un aspecto seductor, pero engañoso: la jóven mas distinguida parece, despues de casada, una mujer vulgar.

La señora de Auray recibió con esquisita, pero estudiada amabilidad, á Lionelo de Marny. Su orgullo estaba mortalmente herido, y quiso aparecer indiferente. ¡Verse pospuesta, y ¡á quien? á la duquesa de Champigny!..... ¡á aquella vecina rebelde que no la habia invitado á ninguna de sus fiestas!... ¡Qué horrible ultraje!

Ante aquella estudiada reserva; ante aquel sospechoso silencio; ante aquella afectacion en los trajes y en los modales, Laurencia se sintió vivamente contrariada se avergonzó de su modesto tocado y comprendió la distancia que mediaba entre ella y aquellas mujeres.

Sintió la necesidad de estar sola y puso término á tan embarazosa situacion, saliendo del castillo



de Bleville, martirizada por el recuerdo de la señorita Belin.

Lionelo no la habia hablado de ella; no obstante, Laurencia tenia celos de Clementina, de su hermosura y de su elegancia...

Hay presentimientos.





XIV.

Coqueteria.

Al día siguiente la señora de Pontauges escribió à una de sus amigas una carta, que terminaba con estos párrafos:

«Si, mi querida Sidonia, no te burles de mi, quiero ser coqueta. Porque tengo ciega confianza en tu buen gusto, te encargo que me remitas por medio de José el sombrero mas bonito que haya en Paris y una manteleta de encaje con cintas de color de lila, como la que llevaba ayer Clementina Belin, á quien debes conocer; es hija de un banquero y vá todas las noches, como tú, al teatro de la Opera.

»Envíame otra manteleta de seda para mi tia, un vestido para Clorinda y pastillas de chocolates



para el pobre Amaury, porque se me han acabado.

El jueves debe estar José de regreso en Pontauges; el jueves tengo necesidad de vestirme, y no quiero que me falte nada para representar con éxito el papel de coqueta. Sí, mi querida Sidonia, quiero ser coqueta.»

Al fin Laurencia habia sentido la necesidad de agradar.

El primer pensamiento de una mujer enamorada es para su amor.

Una mujer enamorada se dice:

—Le voy á ver.

Y se viste precipitadamente para llegar cuanto antes al sitio en que va á verle.

Una coqueta se dice:

—Me va á ver.

Y sacrifica una hora de amor á su traje por parecerle mas bella.

Por fin Laurencia sentia la necesidad de agradar. ¿De dónde nacia ese capricho? Nacia de un sentimiento muy triste, de una idea muy amarga. La coquetería se desarrolla tambien en las almas tiernas, pero se desarrolla al calor de los celos.





XV.

Dos génios frente á frente.

Llegó el jueves, y la duquesa de Champigny se levantó precipitadamente y se dirigió á la ventana del salon para ver apearse de los carruajes á sus huéspedes: uno de ellos era su antiguo amigo Mr. de R... el espiritual autor de uno de los libros más peligrosos de nuestra literatura moderna: *Las lágrimas de un fátuo*.

Mr. de R... se inclinó respetuosamente ante la duquesa; exageradamente hemos querido decir, pues su modestia respiraba orgullo.

—Me maravilla que gentes de cierta clase sean capaces de apreciar á un hombre de mi mérito.

Hé aquí la traducción exacta de sus salu-



dos, de sus gestos, de sus sonrisas y de sus palabras.

Todo lo que fuera verse comprendido y apreciado por sus contemporáneos antes de la remota hora que su orgullo habia elegido en el porvenir, humillaba y confundia á Mr. de R...

Sin embargo, se sentia feliz, completamente feliz, en el inmenso sillón que ocupaba entre la duquesa de Champigny y la marquesa de Pontauges.

Laurencia le habló de sus obras, que se sabia de memoria, y Mr. de R... la contemplaba como contempla un pintor un paisaje que va á trasladar al lienzo: de aquella mujer podia hacerse la heroína de un libro.

La duquesa, por su parte, era una mujer deliciosa, y, como dejamos dicho, Mr. de R..., entre la duquesa y Laurencia, se sentia en su elemento, porque el elemento del poeta es el incienso quemado por las mujeres, y Mr. de R... permitia que las mujeres le admirasen... en vida.

Lionelo y Fernando Dulac, que habian estado gran parte de la mañana jugando al villar, entraron en el salón, interrumpiendo el éxtasis del autor de *Las lágrimas de un fátuo*.

El semblante del génio se descompuso visiblemente al ver á Fernando Dulac.

—¡El también! se dijo. Esta mujer tiene, sin du-



da, pretensiones literarias cuando reúne dos autores en su casa. *¿Querrá coleccionarnos?*

Se dignò, no obstante, levantarse, y acercándose á Fernando:

—Celebro veros, amigo mio, le dijo, tanto mas, cuanto que os creía en Normandía, en casa de vuestra tia, la buena señora de Gabilan; le felicitò de la sorpresa.

¡Oh, malignidad humana! ¡Decir delante de tantas personas tituladas que Fernando Dulac tenia en Normandía una tia que se llamaba.... la señora Gabilan!...

Todo el almuerzo fué una continuada escaramuza entre los dos génios.

—De todas vuestras novelas, ninguna me gusta tanto como *Faustina*, dijo la duquesa á monsieur de R...

—Es una obra maestra, añadió Dulac, si bien su asunto està tomado de las *Memorias* de P...

—¿Luego el argumento de *Faustina* està tomado de las *Memorias* de P...? preguntó la duquesa. No lo sabia.

—Y vuestra pluma, Sr. Dulac, ¿no nos prepara alguna nueva sorpresa? preguntó á su vez la marquesa de Pontauges. ¿Una novela, tal vez?

—Sí, señora.

—¿En qué época se desarrolla su accion?

—En la época de la Jacquerie, cuando...



—Nada puede escribirse sobre esta época sin riesgo de copiar à Merimée, exclamó Mr. de R... La lucha sería desigual.

Otro incidente vino á hacer de aquel día de expansion un día de contrariedad.

A los postres recibió una carta la duquesa.

= ¡Dios mio! exclamó al fijar los ojos en sus renglones.

Continuó leyendo, y

—Del mal el menos, añadió.

—Si no fuera una indiscreccion... se atrevió a decir Lionelo.

= Mi hermano se ha batido ayer con el general M... dijo la duquesa.

= ¡Está herido Gaston? preguntó la marquesa de Pontauges.

—Sí, pero ligeramente. Mañana saldré para París.

—¿Y nada os dicen de la causa del lance?

—Una discusion sobre política. ¡Gaston es tan vehemente!...

—¿De quièn hablan? preguntó Mr. de R... à Fernando Dulac.

—Del príncipe de Loisberg.

—¿En qué partido está afiliado?

—Eso no se pregunta: en el partido que le imponen su nacimiento y su nombre; es legitimista por



sentimiento y por deber. Los Loisberg y los Monmorency son los hombres de legitimidad.

—¿Y por qué no los hombres del país? Nuestras grandes familias han olvidado su origen: antes que al rey pertenecen al país.

Esta reflexion no fue bien acogida.

Era una reflexion prematura.

Diez años despues hubiera estado en su lugar.

Mr. de R... aprovechò la ocasion para llevar la conversacion del terreno de las letras al terreno de la politica, y habló de política con verdadero calor, siendo á la vez ó pareciendo, porque no era nada, doctrinario, radical, wigh y tory.

No fueron del agrado de la princesa las opiniones políticas mantenidas por Mr. de R...: hasta entonces no habia tenido ocasion de poder apreciar la honda perturbacion que lleva el orgullo á las cabezas mejor organizadas.

Cuando el orgullo se apodera de un hombre superior, le convierte en un necio, porque el orgullo seca las mas robustas inteligencias y desnaturaliza los mas nobles sentimientos.

La sociedad no es el centro de las inteligencias ni de las almas superiores, sino de las medianías. El hombre de ingenio necesita intimidad; el hombre que ama, misterio; el hombre que crea, soledad. El hombre de génio ne debe ser actor.

La marquesa de Pontauges, preocupada por la



presencia de Lionelo, fué la que menos se fijó en las ridiculeces de M. de R....., pareciéndola un hombre... como otro cualquiera,

Pero al mismo tiempo que en Lionelo pensaba en Gaston. ¡Ah!... ¡si hubiera estado allí!...

A Lionelo no le llamó la atención durante todo el día mas que una cosa: el sombrero de la marquesa, que acusaba el nombre de su confeccionadora, la célebre Baudrant.





XVI.

Una carta.

Cayendo Lionelo en la cuenta de que no le convenia servirse de la casa de la señora de Auray como punto de escala para el castillo de Pontauges, y recordó que en las inmediaciones de Champigny vivia uno de sus compañeros de colegio, Mr. de Mericourt, de quien no habia hecho caso hasta entonces.

Pero entonces podia serle útil y se acordó de él, instalándose en su casa, despues de haberle presentado à la marquesa de Pontauges para que llamara menos la atencion la asiduidad de sus visitas.



Una tarde, Lionelo, estando en el castillo de Pontauges recibió Laurencia el correo de París.

—¿De quién es esa carta? le preguntó Lionelo.

—No lo sé; veamos la firma.

—Os habeis puesto colorada. Apostaría cualquier cosa á que no me la dais á leer.

= Tomadla.

Lionelo leyò:

«Gracias, mi querida prima, por el interès que me manifestais; recibir vuestra carta y sentirme bueno, todo fué obra de un momento. Sin embargo, mi hermana quiere que me cuide, y me han impuesto como castigo de mis locuras y remedio de mis dolencias dos meses de Champigny.

«¡Dos meses á vuestro lado!... ¡Qué dulce penitencia! ¡Qué agradable remedio!

«Vuestro siempre,

CARLOS.»

Lionelo frunciò el entrecejo. Aquella carta era un cartel de desafio.

Laurencia tambien parecia un tanto contrariada.

= ¡Le habeis escrito! dijo Lionelo con amargura.

= ¿Y por qué nó? Loisber es primo hermano mio.



= Esa no es razon para que os arrojeis en sus brazos.

Laurencia no contestó, limitándose á clavar en Lionelo una mirada llena de dignidad.

= ¿Os vais, señor de Marny? preguntó la señora de Ermangard, que estaba jugando al *piquet* con el cura, viendo que Lionelo se levantaba.

= Dentro de seis horas debo estar en París, dijo Lionelo.

Una palabra de Laurencia, y Lionelo no hubiera partido.

Pero Laurencia estaba ofendida.

= Adios, señora, le dijo.

= Adios, señor de Marny, le contestó Laurencia sin levantar los ojos del suelo.

En el momento de subir al carruaje:

= Creo que va á llover, dijo al cochero.

= Lo malo es que há llovido mucho y la noche se nos vendrá encima á lo mejor, le contestó el cochero.

Vino la noche, en efecto, y, como el camino estaba intransitable, tropezó y cayò uno de los caballos, rompiéndose una pierna.

= ¡Caballo perdido! exclamó el cochero, desatándose en blasfemias.

= ¡Maldito camino! ¡Qué país! exclamó á su vez Lionelo, que no estaba mejor humorado que



el cochero. Luego, estas no son horas de viajar.....

= Ni los caballos han comido...

= ¡No han comido los caballos!...

= No es mesa para ese caballo un establo de vacas.

= No he sido yo mas afortunado en el castillo de Pontauges que mis caballos. No volveré á poner los pies en él. Seis mil francos me cuesta la funcion.

¡Seis mil francos por un momento de despecho! Para un hombre tan práctico como Lionel no valia seis mil francos el placer de vengarse de una mujer.





XVII.

Destino.

Laurencia quedó tan profundamente disgustada de Lionelo, que de preguntarla en aquel momento «¿le amas?» hubiera contestado «no.»

Y luego ¿por qué no hemos de decirlo? la carta de Gaston habia producido su efecto.

La marquesa de Pontauges se durmió aquella noche diciéndose:

---Acaso vendrá mañana.

Y no era Lionelo á quien se referia.

Al dia siguiente, á las tres, entró un tilburg en el patio del castillo.

—¡El es! exclamó Laurencia.

Este *él* no era Lionelo.

*El*, aquel dia, era Gaston.



La marquesa de Pontauges se sentó al lado de la chimenea y esperó.

—Ayer llegó à Champigny, y sin permitirse un dia de descanso, está hoy en Pontauges, pensó Laurencia.

Sin acertar à darse cuenta de sus impresiones, Laurencia temia y deseaba al mismo tiempo volver á ver á su primo.

Los celos de Lionelo le habian revelado el secreto de su alma.

Mientras se abria la puerta del salon, cogió un libro y comenzó á ojearle.

Cuando levantó la cabeza vió..... á Lionelo á sus pies.

—Necesitaba vuestro perdon, exclamó.

—Levantaos, repuso Laurencia.

—Permitidme veros, permitidme oiros, dejadme amaros, si no quereis que me vuelva loco.

Al oir aquella palabra, Laurencia palideció.

Aquella palabra le recordaba la espantosa realidad de su vida.

—S. E. el principe de Loisberg, anunció en aquel momento un criado.

—Que el diablo cargue con él, pensó Lionelo.

Laurencia se levantó, saliendo al encuentro de su primo.

—¡Ah! sois vos, primo mio... ¡Venir tan pronto!... ¡Qué imprudencia!



—Sí, es una imprudencia, en efecto, dijo Loisberg, no hacerme anunciar mas anticipadamente...

—Mi casa es vuestra á todas horas... Tomad asiento aquí; estareis cansado.

—Es tarde, y mi hermana me espera. Mi visita será forzosamente corta.

Lo cual queria decir:

= Tranquilizaos; no os importunaré mucho tiempo.

Loisberg observaba atentamente á Laurencia y á Lionelo.

= ¡La ama!... Tiene razon Fernando.

Lionelo afectaba esa tranquilidad del hombre que no tiene por qué temer á su rival; por el contrario, daba lástima ver á Laurencia.

Lionelo, alegre, indiferente, alejaria al príncipe; Lionelo, triste, meditabundo, le retendria: esta fue la cuenta que se hizo Lionelo.

Laurencia, confusa, trémula, habló al príncipe de su duelo y de su herida, y el príncipe se escusó de contestar á ámbas preguntas, porque, á fuer de hombre bien educado, le repugnaba ocuparse de su persona.

Lionelo habló tambien de cuanto se le vino á las mientes, de los placeres de París, de las delicias del campo, del tiempo, de modas, de política, de literatura, de Fernando Dulac, á quien hi-



zo justicia, y de Mr. de R..., de quien se riò grandemen!e.

Aprovechando una pausa, el príncipe se levantó y saludó á Laurencia respetuosa, pero tambien significativamente. «Todo lo he comprendido, y no volveremos à vernos,» hé aqui la traduccion de aquel saludo.

Laurencia sintió que se la oprimia el corazon al decirle «hasta la vista,» comprendiendo que estas palabras no tenian porvenir.

¡Si hubiera llegado el príncipe una hora antes!....

¡Oh destino!

Toda la vida depende de nna casualidad.

Cuando no esperamos al hombre que debe decidir de nuestra suerte, llega precisamente; cuando le esperamos, se le adelanta un impertinente....

Y las desgracias se amontonan.

Y los acontecimientos se complican.

Y los corazones se comprometen separadamente.

Y si algun dia vuelven á encontrarse... ¡ya es tarde!

Están secos y tristes.





## XVIII.

### Monólogo.

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre! se dijo Laurencia. ¡Qué dulzura hay en sus miradas!... Cuando me dijo «yo os amo,» su voz balbuceaba; cuando fuè á cogerme la mano, creia que se me hacia pedazos el corazón... Aun estará aquí dos dias... Dos dias mas á su lado, ¡qué felicidad!...

Laurencia se durmió pensando en Lionelo, sin que turbaran su sueño los remordimientos ni los deseos, porque no veia el precipicio abierto à sus plantas.

El amor no era para Laurencia un sentimiento; era el recuerdo de una noche de temor, la primer noche de bodas.

—¡Pobre niña!..., Diez y seis años... sola... con un loco...



Si hubièrais preguntado á Laurencia ¿qué es amor? os hubiera contestado: «un remedio para curar la locura.»

No fué una madre, fué un médico quien la condujo al lecho nupcial, trémula, no de ventura, de miedo; pálida, pero no con la palidez del rubor alarmado, sino con la palidez de la víctima que camina al sacrificio.

¡Pobre, pobre Laurencia!

Casada, ignoraba los secretos de la vida.

Mujer, nada sabia de amor.





XIX.

Una pasion en el café de París.

Todas estas singularidades contribuian á hacer de Laurencia una mujer singular.

Lionelo la amaba apasionadamente.

Sí, la amaba.

Se separó de ella triste, muy triste, diciéndola:  
«Volveré el sábado.»

Y desde Pontauges á París solo pensó en Laurencia. Nunca le habia parecido tan bella como aquel dia. ¡Cuán hondamente se felicitaba de haber vuelto al castillo y de haber llegado antes que el príncipe de Loisberg!...

— El príncipe, se decia, piensa en ella; la ama; hay cosas que no pueden ocultarse... Yo haré que miss Susana lo sepa todo. Será un escelente auxi-



liar. Si el príncipe no fuera tan buen mozo, y sobre todo, si no fuera príncipe... ¡Tienen las mujeres tanta inclinacion por los príncipes!.. Pero Laurencia no es orgullosa. Hé aquí una de las ventajas de las mujeres de clase; no se creen obligadas á enamorarse precisamente en el *faubourg Saint-Germain*; aman á quien les gusta, cosa que no se atreven á hacer las mujeres de distincion dudosa, que buscan grandes nombres para levantar sobre ellos su pequeñez.

Lionelo tenia razon, pero olvidaba que esta regla es igualmente aplicable á los hombres, y en particular á él.

Lionelo tenia orgullo, es verdad, pero sobre su orgullo estaba el sentimiento de lo bello: no hubiera podido hacer el amor á una duquesa fea, y estaba euvanecido de ser el amante de Laurencia, porque Laurencia unia á un nacimiento ilustre una hermosura deslumbradora.

A medida que se aproximaba á París, las vanidades de su amor comenzaban á despertarse.

Seguramente no se hubiera hecho estas reflexiones á mil pies de la sierra, en una montaña.

Pero, á su pesar, el aire que respiraba, los objetos que herian sus ojos, influian en su corazon y determinaban sus pensamientos.

Al llegar á París, su primer cuidado fué vestirse: una vez vestido se mirò al espejo.



—¡Qué moreno estoy! exclamò. ¡Pérfido sol de otoño!

Luego, alejándose del espejo, estudió el conjunto de su persona, y se hechò á la calle un tanto envanecido.

—¿Ves aquí? exclamó Fernando Dulac en cuanto le vió entrar en el café de Paris. ¿De dónde venis?

—Vengo... de Argel, repuso Lionelo pensando en su tez bronceada.

—¡De Argel! repitió Fernando.

Dos provincianos comian en una mesa próxima.

—¿Has oido? dijo uno de ellos al otro. Ese caballero viene de Argel.

Esta credulidad fué asunto de burlas toda la tarde.

Una mirada bastó para que se pusieran de acuerdo todos los comensales del café de París para mistificar á los dos provincianos.

Todos aquellos jóvenes, de caractéres tan diferentes, que no hubieran podido entenderse para llevar á cabo una accion buena, un propósito generoso, se aliaron estrechamente para burlarse de dos infelices cuyo único delito era no haber comido el dia antes, como ellos, en el café de Paris.

No produce mas instantáneo efecto una chispa eléctrica: eran diez; comian en mesas distintas y



muchos no se conocían; sin embargo, el mismo pensamiento hirió al propio tiempo sus imaginaciones.

—¿Cuánto tiempo habeis estado en Argel? preguntó Fernando à Lionelo.

—Un mes.

—¿Habeis traído vuestro correspondiente albornoz?

—He traído tres nada menos, uno blanco, otro azul y otro ceniciento.

—¿Sabes lo que es un albornoz? preguntó uno de los provincianos al otro. Tú eres jóven y andas por el mundo...

—Sí, tio mio, es un animal del país, repuso el interpelado sin vacilar.

Los comensales se volvieron à mirar, y Lionelo prosiguió con admirable sangre fría:

—La carne del albornoz es muy apreciada en Argel, pero à mi no me gusta.

—Luego... ¿te has comido tu albornoz? exclamó Bonnasseau, que llegaba en aquel momento.

Un pisoton le puso al corriente de lo que se trataba.

—¡Pobres animales!..... añadió mirando à los provincianos.

—Prefiero la carne del camello, repuso Lionelo.



—¡Tres albornoces! exclamò Fernando. ¿Y los habeis traído vivos?

—Vivos, sanos y gordos. Ya los vereis cuando vayais á mi casa; los tengo en la perrera.

—¡Perrera! repitió el mas viejo de los provincianos. Se trata de animales cuadrúpedos.

Los comensales volvieron á mirarse, sonriéndose imperceptiblemente.

—Mi criado los ha traído á la mano, en una jaula.

—No, tio mio, repuso el provinciano jóven, se trata de un ave.

Las mismas miradas y las mismas sonrisas.

—¿Y no han tenido ningun contratiempo durante la travesía? preguntó Bonnasseau, echando su cuarto á espadas.

—Sí, uno de ellos se ha roto una mano.

—Ya ves cómo yo tenia razon, replicó el incrédulo tio, no se trata de un ave.

—¿Creeis que se reproduciràn en Francia? preguntó Fernando, que empezaba á perder el aplomo.

—Sin duda, contestó Lionelo, prorrumpiendo en una carcajada. Con un buen modelo...

En aquel momento se levantaron los provincianos, retirándose lentamente, envanecidos de haber ensanchado el circulo de sus conocimientos.

—¡Pobres gentes! exclamó uno de los mistifica-



dores apenas se cerró la puerta de café detrás de ellos.

—¡Buen par de fachas están! dijo otro.

—El viejo lleva una llave que, mas que llave de reloj, parece llave de cuadra.

—¿Pues qué me decís del chaleco color de canario del mas jóven?

—¡Y los dos se creerán dignos de ser amados! exclamó Lionelo.

---Esa exclamacion parte de un corazon enamorado, exclamó á su vez Melchor Bonnasseau. ¿Cómo va él asunto de la marquesa?

Esta imprudencia de Bonnasseau contrarió visiblemente á Lionelo.

---Hasta ahora, contestó, no he conseguido hacerme lugar más que con la tia.

Y, cambiando de tono para doblar la hoja, gritó:

---Mozo, la ensalada.

Fernando no le quitaba ojo.

---Hace un mes que nos vimos en el campo, dijo.

Lionelo, volvió á fruncir el ceño y á gritar:

---Mozo, la ensalada.

Luego, volviéndose hacia Fernando:

---Sí, añadió, he estado un mes en Saint-Maure, es una aldea que está á una legua del castillo de Pantauges.



Habia algo de infernal en las miradas de Fernando cuando pronunció el nombre de Pontauges.

Lionelo, estuvo á punto de perder los estribos.

—Llevaos este vinagre, dijo, encarándose con el mozo; está lleno de moscas.

—Moscas en vinagre... ¡Es chistoso!... exclamó Fernando.

Lionelo estaba en un petro.

El amor de Laurencia era todavía para él una religion y le ofendia verle profanado por quienes no eran capaces de comprenderle.

—Debeis estar orgulloso del amor de la marquesa, dijo Fernando, gozando en hacerle sufrir. Laurencia es una mujer adorable.

---¿De dónde sacais que la marquesa me ama? exclamó Lionelo.

---No quiero ser vuestro confesor, ni es mi intento ofender á Laurencia, suponiendo que os ama... Una mujer casada con un idiota es casi una mujer libre...

---Mal la conocéis, repuso Lionelo ofendido.

---¿Sostendriais que Laurencia se ha casado con el marqués de Pontauges por amor? dijo Fernando.

---Veo que el asunto va tomando un tinte de seriedad... interrumpió Bonnasseau.



—No, añadió Fernando, Lionelo no pertenece al número de los hombres que aman gratis, ó al menos lo oculta tan bien que nadie lo creeria.

Dichas estas palabras, Dulac se retiró, dejando solos á Lionelo y Bonnasseau.

Bonnasseau habló tanto y tan profanamente de la marquesa de Pontauges, que, al separarse de él, Lionelo se sintió desencantado.

Hay hombres cuyos elogios matan.

¡Qué diferencia! Al llegar al café de Paris Lionelo amaba á Laurencia pura y castamente.

Al salir se habia evaporado el perfume de su amor, no siendo para él Laurencia una mujer por la cual hubiera dado su vida, sino una mujer de quien se le suponía *amante*.

Luego... no se trataba de soñar, sino de hacer una conquista.





no pertenec...  
de...  
menos se...  
Dijos estas palabras...  
colos y...

XX

Diplomacia.

Aquel dia tan deseado, aquel sábado que Lionelo esperaba con tanta impaciencia, llegó por fin, y, sin embargo, Lionelo no le pasó en Pontauges, sino en París.

Al separarse de Laurencia, se dijo:

---¡Cuándo la volveré á ver! ¡Cuán larga me va á parecer esta serenata!

Ahora decia:

---No saldré de París hasta el lunes: la impaciencia exaltará su amor. Cuando haya perdido la esperanza de volver á verme, me encontrará á sus pies. La esperanza la hará perder el juicio... y entonces... Fernando no se burlará mas de mí.



Este fué el plan de campaña que se trazó Lionelo y que ejecutó fielmente, demasiado fielmente, porque estuvo à punto de dar al traste con sus amorosas impaciencias.

Habia previsto las angustias por que pasaria el corazon de Laurencia, pero no habia previsto que necesitaria satisfacer todos los temores, todos los delirios de su imaginacion como un acontecimiento que esplicará su permanencia en París.

Laurencia le daria por muerto y no habia muerto; y ¿cómo hablar de negocios á una mujer enamorada? Los negocios se aplazan: los plazos del amor son fatales.

No, no es prudente jugar con las mujeres, cuya cabeza se inflama con facilidad, cuyo pensamiento trabaja incesantemente: una palabra hiela y mata su amor, la quizá misma palabra con que se cuenta para escitarle.

Además, Lionelo cometia el grave error de confiar el exito de su empresa á un rasgo de habilidad; sin tener en cuenta que la habilidad es el arma con que se rinde à las almas vulgares y se asesina à las almas apasionadas.

¡Cuánto sufrió Laurencia aquellos dos días!... Y ¿para qué? Para nada. ¡Pobre Laurancia! Bien elocuentemente atestiguaban sus padecimientos la palidez de su semblante y la tristeza de sus ojos.



Vió por fin á Lionelo, y su semblante se enrojeció y brillaron sus ojos.

Oyó á Lionelo, y su semblante volvió á palidecer y á entristecerse sus ojos.

Y es que las verdaderas pasiones tienen instinto, ya que no conocimiento, y el instinto es la revelacion.

El cálculo enfria.

En la conducta de Lionelo habia cálculo, y el alma de Laurencia se enfrió.

Hè aquí lo que no habia previsto Lionelo: la indiferencia de la marquesa de Pontauges.

Hé aquí lo que salvó á la marquesa de Pontauges: los cálculos de Lionelo.

Lionelo atribuyó la frialdad de la marquesa de Pontauges á la presencia de su tia y del señor cura, porque al fin el amor propio todo lo aplaca.

Pero llegó el momento de la conferencia íntima.

—¡Cuánto he deseado este momento!... exclamó Lionelo, acercándose á Laurencia.

—Os doy gracias por haber vuelto; pero sentiria haberos contrariado, le contestó Laurencia. Con una carta hubiéramos conseguido lo mismo que con este viaje.

—Una hora más sin veros, y hubiera muerto.



—La amistad es una cosa y los negocios otra, replicò Laurencia.

Lionelo quiso contestar y no pudo: no habia en el acento de Laurencia nada que revelase una explosion de despecho.

La cogió la mano, y su mano no temblaba.

La miró, y sus ojos no desmintieron sus palabras.

Lionelo, que era todo inteligencia y sentimiento, no encontró en aquel momento ni una idea en su cabeza, ni un suspiro en su corazón: él, que siempre habia jugado, fuè á su vez juguete del amor.





## XXI.

### Fastidio.

La señora de Ermangard, el señor cura y el sub-prefecto jugaban al tresillo en un extremo del salon mientras la señora del sub-prefecto ojeaba un álbum en otro, Lionelo leía un periódico y Clotilde bordaba al lado de la chimenea.

Laurencia, mientras tanto, servía la comida al marqués de Pontauges, en cumplimiento de uno de los deberes de que nunca se dispensaba, cumplido el cual volvió al salon, sentándose al lado de la señora del sub-prefecto.

Lionelo no desplegó los labios: sufría realmente, y el dolor es mudo.

Laurencia se apercibió de su preocupacion y la



atribuyó al *negocio importante* que habia aplazado su regreso á Pontauges.

—Sr. de Marny, ¿qué teneis? preguntó la señora de Ermangard á Lionelo. Me pareceis mas pensativo que de ordinario. Apenas habeis probado bocado en la comida.

—Eso consiste en que he almorzado tarde.

Aquella inapetencia no fué una *dieta afectada*, sino producto de una verdadera melancolía.

La tristeza de Lionelo se reflejó en todas las personas que le rodeaban, arrastrándose lánguidamente la conversacion.

Por fin, Laurencia, dirigiéndose á Lionelo, dijo:

—La señora de Auray ha estado esta mañana á despedirse.

—¿Se va? preguntó Lionelo indiferentemente.

—Piensa pasar algunos dias en la Turena, en casa de un pariente de su marido.

—Es una mujer distinguida, repuso la señora del sub-prefecto. Todos los dias estrena un vestido, pareciéndose en esto á la emperatriz Josefina, que no usaba dos veces el mismo calzado.

Y la conversacion recayó sobre el lujo.

Lionelo estaba tan enamorado, que no cayó en la cuenta de que se fastidiaba. ¡Qué hubieran dicho de él, tan hecho á todas las seducciones de la buena y la mala sociedad de París, de él, que no admitia en el número de sus aliados de placer sino



á lo mas selecto de la elegancia y del talento, sus compañeros del gran mundo!...

En la resignacion del señor de Marny habia algo de ejemplar.

Por fin llegó la hora de retirarse.

Laurencia, que no habia dormido dos noches pensando en Lionelo, necesitaba descansar.

Aquella noche le tocaba á Lionelo no dormir y no durmió.





XXII.

**Agitación.**

Y, sin embargo, pudo dormir porque aquella noche no había en su habitación ratas ni ratones. Pero había remordimientos y desengaños que alejaban el sueño de sus ojos y la paz de su alma.

—No me amaba, se decía, y yo tengo la culpa de que no me ame, porque he jurado con su amor, porque lo he asesinado. ¿La habrá hablado de mí la señora de Auray? ¿Habrá vuelto á ver al príncipe? Pero ¿quien sabe si no se trata mas que de una indiferencia afectada?...

Terminado este breve monólogo, se puso á escribir y no dejó la pluma de la mano en toda la noche.



Y cerró euidadosamente la carta, porque lo que escribió fué una carta, ¡pero qué carta!... Un tegido de contradicciones, mezcla confusa de la dignidad ofendida y del amor, que soporta todas las humillaciones.

Pero harè gracia á mis lectores del contenido de esa carta, porque no llegó á su destino, pareciéndose en esto á todas las cartas dictadas por el delirio de la pasion.

Así que, apenas cerrada, Lionelo cayó en la cuenta de que era una ridiculez escribir á la marquesa de Pontauges estando en su casa, y pudiendo, por consiguiente, hablarla.

Hay personas, y Lionelo pertenecia á ese número de personas, á quienes sirve de consuelo quejarse, aunque sea delante de un papel.





**XXIII.**

**El idiota.**

Rayó la aurora, la aurora de un día de primavera.

Lionelo bajó al jardín, al mismo tiempo que el primer rayo del día, para aspirar la brisa de la mañana.

Atravesó de puntillas los largos corredores y el inmenso comedor del castillo, una de cuyas ventanas tuvo que abrir para no tropezar con los muebles y despertar á los criados.

No hay nada mas melancólico que una casa en que todo el mundo duerme.

Una vez en el jardín, dos cisnes blancos como la nieve salieron al encuentro de Lionelo para que



les diera de comer, como de costumbre, blandas migas de pan en sus suaves manos.

Pero como Lionelo no les ofreciera el apetecido sustento, se apartaron desdeñosamente de él.

Cuando, despues de una hora de paseo y de meditacion Lionelo volvia al castillo, oyó el nombre de Laurencia, más bien gritado que dicho, al atravesar un espeso bosquecillo lindante con una empalizada que se conocia con el nombre del *jardin del marqués*.

—¡Dios mio! exclamó simultáneamente un acento femeninil. ¡Quién ha cometido la imprudencia de dejarse aquí esta hoz? ¡Jacobó! ¡Jacobó!

Lionelo, que no era Jacobo, no contestó.

La marquesa de Pontauges volvió á gritar:

—¡Jacobó! ¡Jacobó! ¡Francisco! ¡Francisco!

Luego, bajando la voz y dulcificándola, continuó:

— Sé razonable, Amaury, y dame esa hoz, porque te vas á hacer daño.

Lionelo lo comprendió todo; el loco tenia en las manos un instrumento con el que podia herirse y con el que podia herirse Laurencia al querer arrebatárselo.

Pero no veia nada: la empalizada era á la vez espesa y alta.



De repente Laurencia lanzó un grito.

Lionelo contestó á aquel grito; salvando de un salto la empalizada y cayendo dentro del jardín del marqués con riesgo de romperse una pierna.

Su aparición en aquel sitio fué un verdadero golpe del teatro.

El marqués de Pontauges, ó mas bien el idiota á quien llamaban el marqués de Pontauges, huyó al ver á aquel hombre que caía del cielo para castigarle, arrojando lejos de sí la hoz.

—¡Erais vos! exclamó la marquesa de Pontauges.

—¿Estais herida, señora? exclamó á su vez Lionelo.

—No es nada, repuso Laurencia, sin perder de vista á su marido hasta que desapareció detrás de la puerta del castillo que comunicaba con sus habitaciones.

Laurencia se había herido en una pierna y apenas podía andar.

—Apoyaos en mi brazo, le dijo Lionelo.

—No, replicó Laurencia; puedo llegar hasta el castillo.

Accediendo á sus reiteradas instancias, Laurencia tomó al fin el brazo de Lionelo.

Para ganar la terraza había que subir algunos escalones, y el dolor, mas fuerte que las consi-



deraciones sociales, arrancò un grito á Laurencia.

Lionelo, sin darse cuenta de lo que hacia, le ciñó el talle con el brazo, levantándola dulcemente.

El corazon de Laurencia, apenas cubierto con la ligera tela de su peinador, latia violentamente.

Al entrar en la biblioteca, que era la habitacion de su marido, Laurencia se dejó caer sobre un divan.

—Hacedme el favor de llamar á mi doncella, dijo á Lionelo, y... hasta luego.

—¿No estareis gravemente herida? le preguntó Lionelo.

—No, tranquilizaos, repuso Laurencia; no ha sido mas que una ligera rozadura.

Al retirarse Lionelo vió debajo de una mesa dos ojos que le miraban fijamente.

Aquellos ojos eran los ojos del marqués de Pontauges y aquella su jaula.

Lionelo, al fijarse en tan triste engendro de la naturaleza, comprendió el interés que tenia Laurencia de alejarle de aquel sitio.

—¡Miserable! exclamó Lionelo, ha podido matarla con la hoz.

Al regresar á su habitacion, Lionelo vió su car-



ta sobre la chimenea, y, sonriéndose, la arrojò al fuego.

¿Por qué? Lionelo era feliz y no se acordaba de que habia sido desgraciado.

La luz del dia disipa las nubes de la noche.





XXIV.

Por la tarde.

Laurencia está recostada en un sofá: su herida no es grave, pero le impide andar.

Lionelo acompaña á Laurencia mientras la señora de Ermangard recibe en el salon.

— ¡Què hermosa estais hoy! exclama Lionelo con acento entrecortado.

Laurencia se sonrie tristemente.

— Siempre es hermosa una mujer enferma, una mujer á quien se puede cuidar, una mujer que depende de nosotros. Hoy dependeis de mí, toda vez que no podeis andar sin el auxilio de mi brazo. Si quisiérais aquellas flores, tendrias que pedirmelas.



—Pues bien, las quiero, dijo Laurencia, dádmelas.

—¿Y para qué las quereis? ¿No os parece que están mejor en aquel precioso búcaro?

---Hé ahí lo que sois. Acabais de decirme que es una felicidad consagrarse á cuidarme, y me negais la primera cosa que os pido... Una enfermedad dà derecho á toda clase de caprichos... ¿Por qué contrariais los míos?

---Porque escogeis mal vuestros caprichos.

---Renuncio, pues, á mi capricho, toda vez que os disgusta. ¿Habeis leído el libro que os presté ayer?

—¿*Indiana*? Es un libro admirable. Sin embargo, paréceme que el carácter del protagonista está un tanto forzado.

---Todos los hombres dicen eso, acaso porque es verdadero. Y el estilo, ¿qué me decís?

---Que es incomparable. Pero hoy no debiéramos hablar de literatura.

---¿Pues de qué quereis que hablemos?

---De vos, que sois tan hermosa, y de mí, que os amo tanto.

En aquel momento entró un criado, y, acercándose á Laurencia, le dijo en voz apenas perceptible.

---Se niega á todo, siendo inútiles las súplicas y las amenazas.



---Bien; iré yo, dijo Laurencia, procurando levantarse. Llamad á José... para que me lleve.

—Si la señora quiere apoyarse en mi brazo....

—Llamad á José, porque á José le conoce.

—¡Qué imprudencia! exclamó Lionelo.

—Me siento mejor, y no es cosa de que deje morir de hambre á mi marido, que se niega á tomar alimento de otras manos que de las mías. Esperadme en el salon.

Lionelo bajó al salon y contó en voz alta, á la vez con indignacion y piedad, que la marquesa, á pesar de su estado, habia tenido que trasladarse á las habitaciones de su marido para darle de comer.

—Debiéramos ponernos de acuerdo sus amigos, dijo, para evitar una desgracia: el marqués ha estado á punto de asesinarla esta mañana. Verdaderamente es una imprudencia imperdonable entregar á una pobre mujer á los furios de un loco. Para los locos se han hecho los manicomios.

Todos los circunstantes fueron de la opinion de Lionelo, escepto el señor cura que se sublevó contra la idea de arrebatár al pobre loco la sola persona por quien vivia.

—Conozco al marqués desde que era niño, y tengo el convencimiento de que la marquesa nada tiene que temer de su accesos de locura. Dejad,



señor de Marny, dejad á ese àngel que cumpla con sus deberes hasta el ùltimo momento, tanto mas, cuanto no creo que os haya dado derecho para compadecerle.

---Sin embargo, tengo la seguridad de que el dia que al marqués se le ocurra prender fuego al castillo, procurareis no estar en él.

Y al terminar estas palabras, Lionelo salió del salon.

---Ese hombre es mi enemigo, se dijo; se aliará con la señora de Ermangard, y entre los dos me perderán en el concepto de Laurencia. Es preciso abandonar la partida hoy mismo ó ganarla.

Laurencia le esperaba.

---¡Qué pàlida estais! la dijo Lionelo. ¿No podeis escusaros de ese triste deber, al menos hasta que os restablezcáis?

---No: el marqués no conoce á nadie mas que á mí.

---Habeis debido acostumbrarle á que se pase sin vos. Hay esclavitudes insoportables.

---¿Quién hay en el salon?

---El sub-prefecto, que es un hombre que me carga; el señor cura, que me da miedo, y vuestra tia, que me detesta.

---¿Por qué?

---Lo sabeis tan bien como yo.

Laurencia no contestó.



---¡Qué triste estoy!... exclamó Lionelo suspirando. ¡Nunca he amado tanto!

Estas últimas palabras fueron un rayo de luz para Laurencia, à quien nunca se le habia ocurrido que Lionelo estuviera enamorado de ella.

Vió el precipicio abierto à sus pies, y tembló.

---Conozco mi corazon, exclamò Laurencia para neutralizar los afectos de su turbacion; y, porque le conozco, sé que es incapaz de rendir culto à una pasion culpable. No insistais en esa locura, porque llegaria á aborreceros. Serè vuestra amiga, vuestra hermana, pero nada más. Mi vida es triste, si bien tranquila. Todo lo soportaré, menos un remordimiento.

¡Cuántas mujeres hubieran dado la mitad de su vida por saber decir «os amo,» como Laurencia dijo «no os amaré nunca!»

—¿Qué importa que no me ameis, si me dejais que os ame? exclamó Lionelo, estrechando, contra sus lábios, las manos de Laurencia.

---O no me habeis entendido, ò no quereis entenderme.

---Entiendo que están en perfecta contradiccion vuestras miradas con vuestras palabras. ¿A qué luchar, si me amais? Conozco mejor vuestro corazon que vos misma.

---No me mireis así, y hablemos como buenos



amigos. Os amaré, si no os rebelais contra mi voluntad.

—Os obedeceré ciegamente; pero no retireis vuestras manos de las mias.

—Os tengo miedo y tendré que privarme de veros.

—¿Es un recuerdo esta sortija? preguntó Lionelo á Laurencia, abriendo un paréntesis en la conversacion.

—Sí, un recuerdo de mi suegra. Me la dió al morir, despues de prometerla que me casaria con su hijo.

—¿La amabais?

—Con toda mi alma, y cumpliré el juramento que le hice de no abandonar á su hijo. Sí, lo cumpliré, á despecho vuestro, á despecho del mundo entero.

—¡Heroismo absurdo! exclamó Lionelo. ¿Qué le importa al marqués vuestra fidelidad? Os sacrificais para que nadie os lo agradezca.

---¡Dios me lo premiará! replicó Laurencia, alzando los ojos al cielo.

---¡Dios!... exclamó Lionelo con acento de incredulidad.

---¿Tampoco creeis en Dios?

---Creo en las devotas, porque no hay nada más bello que una mujer de rodillas. Pero no



digais al señor cura que os amo, porque si lo supiera...

---No sé mentir, contestó Laurencia con dignidad.

---Pues es preciso que aprendais.

---Todo lo que no es bueno me repugna.

---¿Y quièn os ha dicho que es malo amar?

---Es malo para la mujer que no es libre.

---Vos sois libre, porque no amais á vuestro marido.

---Estoy casada.

---¡Casada! ¿Tambien teneis la preocupacion del matrimonio?

---¡Llamais, preocupacion, á un lazo sagrado!

---No hay mas lazos sagrados que los del corazon. El matrimonio es una fraternidad es intereses, no de sentimientos; una ficcion ingeniosa. Los mismos marido no creen en ella.

Esta corrupcion de sentimientos desencantó á Laurencia.

---Crei que no podia amaros; ahora creo que no debo amaros.

En aquel momento entró la señora de Ermangard.

---Es tarde, y no os encontrais bien, dijo á Laurencia.



—Os esperaba para retirarme, repuso Lionelo levantándose.

Y salió sin mirar á Laurencia.

—He ido demasiado deprisa, se dijo: mañana será otro día.





**XXV.**

**Inconsecuencia.**

La marquesa de Pontauges estaba verdaderamente indignada.

= Ya no le temo, se decía, porque es imposible que yo ame á ese hombre. Todo lo que ha dicho es horrible.

Y se durmió, bajo esta impresion.... pero soñó.

En el sueño hay buena fé.

De dia, nuestras ideas y nuestras resoluciones se ajustan á las conveniencias sociales,

De noche somos tal cual, la naturaleza nos ha hecho.

Los acontecimientos, las emociones del dia se



descomponen durante la noche, desvaneciéndose los escrúpulos y desapareciendo los intereses.

La vida durante la noche es amor y debilidad, pasión y sencillez.

Pero, al despuntar la aurora, la vida real recobra su imperio y reaparecen los escrúpulos y vuelven á tomar cuerpo los intereses.

Laurencia se durmió, y durante su sueño, peligros, cólera, indignacion, escrúpulos, virtud, todo desapareció.

¡Amar y ser amada! Hé aquí los horizontes de su sueño.

Cuando se despertó no era la mujer fria y razonadora.

Una mirada bastó à Lionelo para darse cuenta de aquella metamorfosis.





desempeñen durante la noche los deberes de la vida durante la noche es gran y debilidad

**XXVI.**

**Tregua.**

**Trascurrieron dos meses de inefable ventura para Laurencia.**

Dos meses de inefable ventura, no interrumpida por el remordimiento, porque durante esos dos meses Lionelo fué generoso, trasformándose de loco amante en rendido caballero.

No enumeraremos aquí las circunstancias, los obstáculos y las frecuentes ausencias que favorecieron esta súbita trasformacion.

Lionelo no podia permanecer semanas enteras en el castillo de Pontauges sin faltar á las mas rudimentarias conveniencias.

Durante el estío es verosímil que se anden quince leguas todas las semanas para ver á una



mujer; pero durante el invierno nadie supone que se hagan estas escursiones nada mas que para ver à una mujer.

En Paris se dan grandes bailes durante el invierno, y Lionelo, para disculpar su ausencia, solo tenia esta contestacion: «he estado en el campo.»

Solo una gran pasion podia justificar la súbita preferencia dada por Lionelo à la vida del campo sobre la vida de Paris.

De aquí que el nombre de la marquesa de Pontauges es tuviese en todos los labios.

Hubo tambien para Lionelo, durante esos dos meses, dias de desencanto.

Una tarde, entre otras, Laurencia se separó de Lionelo para servir la comida à su marido.

Tardó en volver mas de lo que ordinariamente acostumbraba, y Lionelo se retiró à su habitacion; pero, al atravesar uno de los pasillos que conducian à ella, vió à lo lejos à Laurencia con el vestido desgarrado y el pelo suelto sobre la espalda.

¡Qué de sospechas se despertaron en el corazon de Lionelo de resultas de aquel fatal encuentro y en qué ridícula situacion se creyó!.....

Aquella noche no tuvo Lionelo para Laurencia una sola mirada de amor. Laurencia lo comprendió todo, y se pasó la noche llorando,

Al dia siguiente estaba tan pálida, que Lionelo



la perdonó... la culpa de consagrar toda su vida al cumplimiento de sus deberes.

Mientras tanto el fastidio trabajaba el corazón de Lionelo, y las sospechas el de la señora de Ermangard precipitaban el desenlace de aquella situación.





XXVII.

**Vuelven á romperse las hostilidades.**

Lionelo cambió de táctica, afectando una profunda melancolía.

Laurencia no le comprendió, porque Laurencia pensaba con el corazón y creía que amar era solo amar.

Laurencia preguntó á Lionelo sencillamente por qué estaba triste, y Lionelo, por toda contestación, frunció el ceño: una mujer que no dá ningún derecho sobre ella es todavía libre.

Un hombre que no ha obtenido nada es esclavo de su pasión, y el hombre quiere ser amado para dejar de amar, recobrando su independencia.



—No me esperéis esta semana, dijo un día Lionelo á Laurencia.

—¿Qué va á ser de mí sin vos? exclamó Laurencia.

—De vos depende que no nos separemos.

—Esplicadme eso.

—Id á París.

—No puedo.

Lionelo se sonrió desdeñosamente.

—¿Quién os impide permanecer en Pontauges? dijo ella.

—Nadie.

—¿Por qué os vais? ¿Por qué amándoos tanto sois tan cruel conmigo?

—Si me amàrais, comprenderiais la necesidad de crear un lazo que nos una eternamente.

—Sois cruel, muy eruel conmigo.





## XXVIII.

### Venganza.

—Prevenid al señor de Marny que le esperamos para almorzar, dijo al día siguiente la señora de Ermangard á José.

Algunos momentos despues volvió José; pero volvió solo: el señor de Marny habia salido para Paris á las cinco de la mañana, dejando una carta para Laurencia.

Laurencia la abrió y leyó.

—*No me amais: adios.*

Repuesta un tanto de su profunda turbacion, dijo á la señora de Ermangard:

—Una carta de su padre ha obligado al señor



**de Marny á salir precipitadamente para París; me  
encarga que os ofrezca sus respetos.**

**Laurencia mentia por la primera vez de su  
vida.**

Y enseguida



—Una carta de su padre le obligaba al señor  
de Marny á salir precipitadamente para París; me  
encarga que os ofrezca sus respetos.  
Laurencia mentia por la primera vez de su  
vida.



XXIX.

**Desesperacion.**

Laurencia, que tenia valor para resistir á Lionelo, carecia de fuerza para luchar con su recuerdo.

Pasados los primeros momentos de cólera, el amor recobró su imperio, embargando todos sus sentidos.

¡Haberle visto allí, á su lado, y tener la seguridad de que no volveria á verle allí, á sus piés!...

¡Vivir sin él y decirse todos los dias al despertar: no volverè á verle!...

¡Y todo por un juramento!...

—¿Es un crimen amar, Dios mio? se preguntaba Laurencia en el paroxismo del dolor.



Es una gran imprudencia presentar à las mujeres el amor como un crimen, porque, no pareciéndose en nada à un crimen, cuando llega no le conocen.

¡Un crimen! Esa palabra seduce à las mujeres de imaginacion viciada y las lleva al precipicio.

¡Un crimen! Esa palabra engaña à las mujeres honradas y las pierde tambien.

No digais à las mujeres «el amor es un crimen;» decidlas «el amor es una desgracia.» y os comprenderán. Cuando amais y no sois libres, haceis el infortunio de dos hombres: del marido à quien engañais, y del amante que preferis, colocándole en una condicion deplorable; porque no hay suplicio mas horrible para un hombre verdaderamente enamorado que este monstruoso pensamiento: «la mujer que me ama no es mia; pertenece à otro, que puede llevarla al fin del mundo sin que yo lo sepa, sin que yo pueda evitarlo; à otro, que tiene derecho à amarla delante de mí sin que yo tenga derecho para matarle.» Sí, esto es lo que debe decirse à las mujeres: «No ames, porque harás degraciado al hombre que ames.»

Cuando se trate de una niña inocente, decidla: «No ames sin el consentimiento de tu familia, porque, una vez deshonrada, tu madre morirá de dolor y tu hermano se batirá por ti.» Si la decís



que el amor es un crimen, la perderéis irremisiblemente. Una mujer enamorada encuentra razonamientos incontestables. Os dirá, por ejemplo: «Lo que hace mi alma más fuerte, más generosa, más desinteresada; lo que me exalta hasta los más nobles sentimientos; lo que me dá valor; lo que me dá paciencia; lo que me dá fé; lo que fortifica mis creencias; lo que regenera mis pensamientos, no puede ser un crimen. Desde que amo me parece que valgo más: creo en el bien, creo en la virtud, creo en Dios.»

No, cuando el alma llega á cierto grado de exaltacion, la idea del crimen no le detiene. El crimen es un sacrificio, y no hay nada que no se sacrifique cuando se ama. A las almas enfermas de amor hay que hablarles el lenguaje del amor. A los enamorados hay que aplicarles el mismo procedimiento que á los locos. Si decís á un hombre que se cree Papa: «Id á dar un paseo por el jardin y os curareis,» no irá y se burlará de vosotros. Si le decís, por el contrario: «Su Santidad debe bajar al jardin del Vaticano para que le vea el pueblo de Roma,» os obedecerá y bajará al jardin.

¡Ah! si supieran las mujeres los tormentos que entraña una pasion combatida, qué rapidamente huirian de ella! No, el amor no es un crimen; es



un infierno de vergüenza, de tormentos, de lágrimas, de sinsabores, de miserias.

¡Pobre Laurencia!... En un momento de delirio cogió la pluma, y sin reflexionar ni un instante escribió á Lionelo esta carta:

«Soy muy desgraciada; si vos no sois feliz, volved á Pontauges.»

Y Lionelo obedeció.





**XXX.**

**Debilidad.**

**Volvió: ¡qué alegría! Si hubiérais visto á Laurencia en el momento de estrechar la mano á Lionelo, no la hubiérais conocido: era otra mujer.**

—Gracias por haberme llamado, exclamó Lionelo, llevándose á los labios aquella mano convulsa de placer.

—¿De manera que si no os hubiera llamado no habriais vuelto? sollozò Laurencia.

—No, contestó Lionelo secamente. Pero el corazón me habia dicho que me llamariais y el corazón no engaña.

—¡Me he dejado engañar miserablemente! pensó Laurencia.



Luego, cambiando de conversacion, añadió:

—¿No sabeis lo que pasa? Mi tia ha salido esta mañana para París.

—¿De manera que os he sorprendido en perfecta soledad?

Laurencia estuvo á punto de contestar:

—No estoy sola, porque está aquí mi marido.

Pero comprendió que iba á ponerse en ridiculo.

Un loco es mal guardian de la virtud de una mujer enamorada.

—Voy á decir que nos sirvan aquí la comida, dijo Laurencia por decir algo.

—¡Comer! ¿Quién piensa en comer? exclamó Lionelo.

—Sin embargo, son las siete.

—¿Cuántos dias piensa estar en París vuestra tia?

—Mañana la espero, contestó secamente Laurencia.

Durante la comida, porque es preciso comer aún cuando se ame, Laurencia y Lionelo hablaban de cosas indiferentes.

—¿Qué teneis? exclamó de improviso Laurencia, olvidando que los criados la escuchaban.



---Nada, no es nada, tartamudeó Lionelo; un ligero desvanecimiento de cabeza.

Lionelo estaba verdaderamente desencajado.

---¿Os sentis mal?

---No.

Este *no* queria decir *me muero*.

Pero era preciso cubrir las apariencias, y, cambiándose los papeles, Lionelo hizo recaer la conversacion en asuntos fútiles:

---¿Sabeis, señora marquesa, dijo, que habeis hecho la conquista de uno de mis amigos?

---¿De mi vecino Mr. de Mericourt? preguntó Laurencia.

---La conquista de Mr. de Mericourt pertenece á la historia. Se trata de uno de mis amigos y Mr. de Mericourt no lo es.

---Explicaos.

---Se trata... de Fernando Dulac.

---¿Del amigo del príncipe de Loisberg?

---Del amigo de todo el mundo, repuso Lionelo, en cuyos oidos sonaba mal el nombre del príncipe.

---¿Y qué os ha dicho, para mí, vuestro amigo?

---Se trata de una presentacion; pero os advierto que Dulac es un hombre peligroso.

---¿Un hombre peligroso!

---Vos sois muy dueña de abrirle las puertas



de vuestra casa, pero no seré yo quien os lo presente.

Y, bajando la voz, añadió:

--- ¡Le tengo miedo!

--- ¡Miedo! exclamó Laurencia, inclinándose á su vez hácia el oido. No hablemos más del asunto: Fernando Dulac no será mi amigo.

Despues de servida la comida se retiraron los criados.

Lionelo se levantó y abrió una de las ventanas que daban al jardin.

--- Hace frio y nieva..., como en vuestro corazon, dijo Lionelo, sentándose al lado de Laurencia.

= Pues cerrad la ventana y abrid la puerta, repuso Laurencia, sonriéndose.

= ¿Volvereis à arrojarme de vuestro lado? exclamó Lionelo con voz suplicante.

= ¡Jamás! le contestó Laurencia.

--- ¿Luego me amais? exclamó Lionelo cayendo á los piés de Laurencia.

--- ¡Lionelo! exclamó à su vez Laurencia, levantándose, asustada de su propia obra.

--- ¡Ya es tarde para todos! murmuró Lionelo, estrechando entre sus brazos á Laurencia.

= ¡Laurencia!... dijo en aquel momento una voz que no era de Lionelo.



— ¡Mi marido! exclamó Laurencia, dejándose caer sobre un sillón y ocultando el rostro entre las manos.

Lionelo retrocedió al ver detrás de Laurencia una forma extraña.

Aquella forma extraña, aquel fantasma, que se habia interpuesto entre Laurencia y Lionelo, en el momento supremo, en la hora de la última crisis, era... el marqués de Pontauges.

El marqués de Pontauges, pero no el marqués de Pontauges, idiota, sino el marqués de Pontauges, marido.

Lionelo tuvo miedo: el culpable siempre tiene miedo.

El matrimonio tiene un prestigio indestructible, digase lo que se quiera en el teatro, donde se nos enseña á reirnos del matrimonio.

Aunque en el teatro estén en perpétuo ridículo los maridos, la magestad del marido en el mundo real es sagrada.

Como que es la religion de la propiedad y del derecho: un ladron respeta siempre al hombre que puede hacerle prender.

Pasado el primer momento de temor, Lionelo quiso interponerse entre Laurencia y su marido; pero el marqués, á quien no se podia contrariar, le rechazó violentamente.

Cuando Lionelo, fuera de sí, se disponia á re-



chazar la fuerza con la fuerza, Laurencia, radiante de indignacion, se colocó delante del marqués.

—¡Atrás! exclamó. ¡Es mi marido!...

Luego, volviéndose, hácia su marido, exclamó:

—¿De dónde vienes?

—¡Tengo hambre! le contestó el idiota.

—Es verdad, murmuró Laurencia; me he olvidado de tí. Ven á comer.

El marqués siguió á Laurencia como un niño.

---Adios, señor de Marny, dijo Laurencia á Lionelo.

Lionelo, desencantado, contestó á Laurencia con un movimiento de cabeza.

Para los hombres el amor no es un sentimiento, es una idea: no bien se marchita la idea, el amor muere.





## PARTE SEGUNDA.

### I.

#### El despecho.

---¿Conque se casa Lionelo? preguntó Bonnasseau á Fernando Dulac.

---Se casa, por inverosímil que parezca, le contestó Fernando Dulac. Dentro de una hora salgo para Boismont, donde tendrá lugar la ceremonia. ¿Pero cómo no sabiais nada, siendo la señora de Aurais la que ha hecho la boda?



---Pues no me ha dicho una sola palabra acerca del particular, repuso sencillamente Bonnasseau.

---Sin duda ha querido daros una sorpresa.

---Precisamente ayer hablamos de Lionelo.

---¡Perfidias mujeriles!

---Si no me engaña en otra cosa, del mal el menos. Pero ¿qué se ha hecho de aquel violento amor por la marquesa de Pontauges?

---Es más violento hoy que nunca.

---No lo entiendo. La ama como nunca y se casa con otra.

— Se casa por despecho: hé aquí la clave del enigma.

— ¿Pues no cuentan las crónicas que la marquesa de Pontauges no estaba menos enamorada de Lionelo, que Lionelo de la marquesa de Pontauges?

— Cuentan bien las crónicas; pero la marquesa de Pontauges es una mujer honrada.

— Una mujer honrada, es decir, una mujer que pretende que se la ame gratis. Pero ya es tiempo de que me digáis quién es la futura señora de Marny.

— La señorita de Belin.

— ¿Cuál de ellas?

— La mayor, Clementina.

— Buena boda.

— ¿Sabéis si ha hecho la boda?



—Soberbia.

—Hé aquí un momento de despecho que vale... ochocientos mil francos.

—El amor de la marquesa de Pontauges valia... un millon quinientos mil francos.

—¿Y el idiota de su marido?

—Ha muerto.

---¡Muerto!... ¿Luego es viuda?

---Pero Lionelo no lo sabe y es preciso que no lo sepa.

---¿Por qué?

---Ese es mi secreto.

---Vais á hacer la desgracia de tres personas con vuestro secreto. Yo escribiré á Lionelo.

---Llegará tarde la carta, porque Lionelo se casa mañana.

---¿Cuánto tiempo hace que ha muerto el marqués de Pontauges?

---Un mes.

---¿Y en un mes no habeis tenido tiempo de decir á Lionelo...

---No he sabido la muerte del pobre loco hasta ayer.

Bonnasseau habia tomado su resolucion.

---¿Y de qué ha muerto el marqués? preguntó.

---Es todo un drama. Despues de una escena, cuyos detalles ignoro, Lionelo regresó á Paris, entregándose, con verdadera locura, al amor y al



juego, que cicatrizan las más hondas heridas y borran los más profundos recuerdos. Durante ese tiempo, la marquesa de Pontauges cayó gravemente enferma, y durante la enfermedad de la marquesa todo el mundo se olvidó del loco, enfermándolo este á su vez de hambre y de abandono. Recetòle el mèdico una sangría y él se arrancó la venda, apareciendo muerto al dia siguiente.

Fernando diluyó esta relacion en un mar de palabras, con objeto de retener todo el tiempo posible à Bonnasseau, no ocultándosele que, una vez dueño de sí mismo, su primer cuidado seria participar á Lionelo la muerte del marquès.

---Son las cuatro, se decia; dentro de algunos minutos el correo habrá partido, y la carta de Bonnasseau llegará despues de celebrada la boda.

Bonnasseau, por su parte, ardia en deseos de poner fin á aquella visita, no atreviéndose á hacerlo de una manera brusca, porque Fernando no adivinara sus proyectos.

-¿-No quiero aplazar por mas tiempo vuestros preparativos de viaje, dijo por fin Bonnasseau levantándose.

---Todo lo que tengo que hacer, repuso Fernando, se reduce á montar en el carruaje que ha de conducirme á Boismont, y hasta las seis no vendrá á buscarme. Llegaré à la hora de almor-



zar. El enlace se efectuará á las seis de la mañana.

---Tengo tiempo de escribir, se dijo Melchor, que, no obstante su reciente rivalidad, era un buen amigo de Lionelo.

Aquí debemos hacer una observacion.

En Francia los tontos tienen buen corazon, diferenciándose en esto de los hombres de talento, que son secos é implacables.

Dulac no era un malvado, pero presumia de hombre travieso y sacrificaba á su travesura sus más caras afecciones.





II.

**Auspicios felices.**

— ¡Qué hermosa es la novia!

— ¡Qué galán es el novio!

— Ella va radiante de alegría.

--- El está pálido.

--- Allí viene el señor alcalde.

Mientras el cortejo nupcial avanzaba, sostenía este diálogo, á la puerta de la casa ayuntamiento de Boismont, un grupo de aldeanas y aldeanos que habian abandonado sus faenas, unos por curiosidad y otros por afecto á la familia Belin.

--- Lionelo Ricardo Raimundo de Marny, ¿consentís en tomar por esposa á Laura Amelia Clementina de Belin? preguntó el alcalde, que era precisamente el Sr. Belin, á Lionelo.



—Sí, contestó Lionelo.

—Pues dad la mano á vuestra prometida.

Volviéndose hácia Clementina, prosiguió:

—Laura Amalia Clementina de Belin, ¿consentís en tomar por esposo á Lionelo Ricardo Raimundo de Marny?

—Sí, padre mio, contestó Clementina, olvidando que Mr. Belin representaba allí la autoridad.

Lionelo se sonrió.

Terminada la ceremonia, el cortejo nupcial regresó á casa de Mr. Belin, donde, con la impaciencia del triunfo, esperaba á los nuevos esposos la señora de Auray, porque, como ya hemos dicho, el matrimonio de Lionelo con Clementina era obra de la señora de Auray.

La señora de Auray amaba á Lionelo y le habia casado: esplicaos esto.

Sin embargo, tiene explicacion: Clementina no era la rival de la señora de Auray, porque Lionelo no amaba á Clementina.

Lionelo amaba á Laurencia, y la señora de Auray casó á Lionelo para separarle de Laurencia.

Lionelo, una vez generalizada la conversacion, se sentó al lado de una mesa y cogió maquinalmente un periódico: *El Diario de los Debates*.



Pero apenas fijó la vista en él, se le cayó el papel de las manos.

---¿Qué teneis? exclamó uno de sus amigos al verle palidecer.

---Nada, tartamudeó Lionelo.

---Es natural; la emocion...

---¡Me ahogo! le dijo Lionelo al oido. ¡Sacadme de aquí!





las. Progreja la arte... —130—  
a las que una preciosa... un museo de  
obras maestras de pintura y escultura. El marqués  
de Pontauges nunca sin descendencia. Solo dejó  
una hija inconsolable.

Clementina que le oído hablar del mar  
qués de Pontauges, leyó pocos minutos después  
que Liopolo el artículo necrológico de el *Diario*  
de los *Debates*, publicado en una columna

### Un artículo necrológico.

Liopolo se movió de pena y Clementina se mo-  
vió de risa.

¿Qué había leído Marny en el *Diario de los De-*  
*bates* que justificase su turbacion?

Un artículo necrológico concebido en estos tér-  
minos:

«La sociedad, la literatura, las ciencias y las ar-  
tes acaban de tener una pérdida irreparable en la  
persona del señor marqués de Pontauges. Ultimo  
representante de una raza ilustre, el marqués de  
Pontauges unia á la distincion, patrimonio de los  
grandes nombres, la sencillez que revela al hom-  
bre del gran mundo. Apasionado por las ciencias,  
nunca salia de su biblioteca, donde se entregaba á  
las dulzuras del estudio. Rendia culto á todos los  
adelantos del siglo. Habia fundada muchas escue-

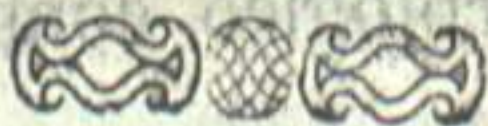


las. Protegia la artes. La capilla de su castillo es, á la vez que una preciosidad artística, un museo de obras maestras de pintura y escultura. El marqués de Pontauges muere sin descendencia. Solo deja una viuda inconsolable.»

Clementina, que habia oido hablar del marqués de Pontauges, leyó pocos minutos despues que Lionelo el artículo necrológico de el *Diario de los Debates*, prorrumpiendo en una carcajada.

¡Estraños efectos!

Lionelo se moria de pena y Clementina se moria de risa.





IV.

Lucha.

Sin fuerzas para bajar al jardín, Lionelo se encerró en sus habitaciones, suplicando encarecidamente que buscaran á Fernando Dulac.

Llegó, por fin, Fernando Dulac, y, al verle, Lionelo exclamó fuera de sí:

—¡Vos lo sabiais y nada me habeis dicho!... ¡Miserable!

—¿Os habeis vuelto loco? le preguntó Fernando con admirable sangre fría.

—¡Ella viuda y yo casado!..... Pero aun es tiempo...

Fernando agarró del brazo á Lionelo.

—¡Caballero! exclamó Lionelo, rechazando á Fernando.



—No os dejaré hacer una locura.

—Quiero partir.

—¡Imposible! ¿Y Clementina? ¿Y su familia?  
Valor, amigo mio, valor.

—¿Cuánto tiempo hace que ha enviudado?

—No sé más que lo que dicen los periódicos.

—¡No lo sabiais!

—No, repuso Fernando; pero nada os hubiera dicho, aun sabiéndose, porque creia que habiais roto con la marquesa definitivamente.

—Nunca la he amado tanto. Esta boda era una venganza. ¡Ha sido tan cruel conmigo!... Leed esa carta y decidme lo que hubiérais hecho en mi lugar.

Lionelo dió á Fernando una carta combinada por la señora de Ermangard y el señor cura durante la enfermedad de la marquesa: era la muerte de todas sus esperanzas.

Fernando hizo como que la leia, pero no la leyó realmente.

—Dos cartas para el señor, dijo en aquel momento el criado de Lionelo, abriendo la puerta.

---Dejadlas sobre esa mesa.

---*Una es urgente.*

---Dadme esa, repuso Lionelo, alargando la mano.

El criado salió.



---Es de Bonnasseau, dijo Lionelo.

Una sonrisa infernal se dibujó en los labios de Fernando.

---El marqués de Pontauges ha muerto de repente, leyó Lionelo. Como esta noticia puede cambiar tus proyectos, me apresuro á comunicártela. ¡Queira Dios que llegue á tiempo!

Lionelo echó la carta en la chimenea.

---¡Si la hubiese recibido esta mañana!... murmuró.

---No olvidéis, Lionelo, que Clementina os ama: un desengaño la costaría la vida. Y por otra parte, ¿merece la marquesa ese sacrificio? Si os ama, ¿por qué no se ha apresurado á deciros «ya soy libre?»

---Es verdad; ha debido escribirme.

Fernando creyó oportuno el movimiento para determinar á Lionelo á reunirse con su prometida.

---Son las doce menos cuarto, le dijo, y á las doce debéis estar en la iglesia. Calmaos y volvamos al salon. ¡No os creéis feliz y vais á casaros con la mujer más hermosa de París!... ¡Si supierais cuántos os envidian en este momento! Atusaos el pelo y arreglaos la corbata... Así... así... Estais un poco pálido, pero no os sienta mal la palidez. Entre una provinciana y una hija de París, ¿quién vacila?



Mientras Lionelo consultaba su semblante al espejo, Fernando se fijó en la carta que habia dejado el criado sobre la repisa de la chimenea.

Dulac parecia en aquel momento más preocupado que Lionelo.

Es que habia visto en el sobre de aquella carta el timbre de la pequeña aldea de Pontauges.





V.  
El Diario de los Debates.

No me habéis de la vida del campo: es á la vez tempestuosa y monótona. La correspondencia representa en ella un papel importantísimo. Fuera de la correspondencia, no hay nada. Los días sin correo son días perdidos. Pero sucede que dos ó tres correos llegan á la vez. Esta es la vida: nada ó todo.

En las novelas sucede lo contrario: las cartas llegan siempre á tiempo; los acontecimientos sobrevienen en el momento en que deben sobrevenir. Pero esto no es la vida, la vida tal cual debe pintarse.

Los acontecimientos más contradictorios tienen una atracción que los hace coincidir, á despecho



de la verosimilitud. Hay dias fastos y dias nefastos, como hay correos buenos y correos malos. Si un hombre ama á dos mujeres, las dos le escriben el mismo dia, como si se entendieran entre sí. La suerte complica la ventura para amargarla.

Los dias de correo en el campo son dias de observacion. Quién se interna en lo más espeso de un bosque para leer sin testigos un gran pliego. Quién se encierra en sus habitaciones para salir de ellas, algunos momentos despues, triste y cabizbajo. Quién lee en alta voz para darse tono la carta de un misnistro, despues de haber leído, para su capote, la carta del sastre que le reclama el importe del traje que lleva. Los indiferentes se apoderan de los periódicos.

En cuanto Lionelo dejó caer el *Diario de los Debates*, cundió entre los convidados de Mr. de Belin el rubor de que habia recibido una mala noticia por aquel autorizado òrgano del periodismo francés.

Algunas palabras vagas llegadas hasta ella revelaron à Clementina, ó mas bien à la señora de Marny, aquel imprevisto incidente, obligándola à su vez à abandonar el salon apoyada en el brazo de su hermana; pero cuando llegó à las habitaciones de su marido, Lionelo las habia abandonado ya.



Cuando Clementina regresó al salon, una de sus amigas leia el *Diario de los Debates*.

—¿Sabeis quién ha muerto? preguntó á Clementina prorrumpiendo en una carcajada. ¿Te acuerdas del marquès de Pontauges, de aquel idiota que llamaba á todo el mundo *papá*? Pues bien: el marquès de Pontauges ha muerto, y el *Diario de los Debates* nos le presenta como un mártir de la ciencia. Las bromas, pesadas, ó no darlas. Oye, oye: «La sociedad, la literatura, las ciencias y las artes han tenido una pérdida irreparable.» ¡Ja! ¡ja! ¡ja!....

—¡Muerto! exclamò Clementina, procurando sonreirse y diciéndose interiormente:

—Eso es.

Luego se volvió hácia el reloj para saber por él si Marny tenia tiempo de retirar su palabra.

Eran las doce.

—La señora de Auray me ha engañado, se dijo Clementina; Lionelo, que ama á la marquesa, se casa conmigo por despecho.

Entonces fueron á buscarla para elevar el matrimonio civil à matrimonio eclesiástico.

La pusieron el velo y le dieron el libro de misa.

Llegados á la capilla, los desposados se arrodillaron.

Clementina dejó caer la cabeza sobre el libro, sumiéndose en un profundo recogimiento.



Lionelo, por el contrario, haciéndose superior á sus preocupaciones, sonreia á Clementina, y radiante de orgullo, miraba á todo el mundo.

—¿Os jurais eterna fidelidad y proteccion? preguntó el sacerdote.

Lionelo no le oyó, y el sacerdote tuvo que repetir:

---¿Os jurais eterna fidelidad y proteccion?

---Sí, contestó aquella vez Lionelo con voz firme, con voz tan firme, que Clementina levantó la cabeza para mirarle, con grave escándalo de los concurrentes.

El sacerdote pronunció la plática de costumbre; pero no le oyó Lionelo, ni le oyó Clementina, que, dejándose vencer por el dolor, lloraba amargamente.

Terminada la ceremonia:

---¿No sois feliz, Clementina? preguntó Lionelo á la señora de Marny.

—¡Me compadece! murmuró Clementina. Prefiero que me odie.





VI.

**La noche de boda.**

—Fernando tiene razon, pensaba Lionelo, mientras desnudaba á Clementina su doncella de confianza; mi mujer es encantadora, tan encantadora como su corazon, y seria un crimen hacerla desgraciada. Ya que yo lo soy, que no lo sea ella.

La sospecha de que Lionelo pudiera compadecerla, habia sublevado todos los buenos sentimientos de Clementina, trasformándola de mujer enamorada en mujer ofendida: así que, cuando volvió á resonar en sus oidos la voz de Marny, en vez de decir: «¡Si me amaré!..» dijo: «¡Qué falso!»

—Señor de Marny, exclamó con voz nerviosa



y seca, os he engañado; creia amaros y no os amo: perdonadme.

Y, vencida por este supremo esfuerzo de su dignidad ultrajada, dejó caer la cabeza sobre el pecho y rompió á llorar.

Renunciamos á describir el asombro de Lionelo: su fisonomía recordaba en aquel momento la fisonomía del marqués de Pontauges cuando sorprendió á Lionelo á los piés de Laurencia.

Clementina y Lionelo se miraron un momento en silencio.

—¡Tardía confesion! exclamó por fin Lionelo. Si no me amabais, ¿por qué os habeis casado conmigo?

—¡Qué triste es no ser amada!... sollozó Clementina respondiendo á sus sentimientos.

—¿Luego no sois amada? repuso Lionelo, interpretando torcidamente las palabras de Clementina. ¿Luego el hombre á quien amais no ha querido casarse con vos?

—No, contestó Clementina, comprendiendo que aquella pregunta favorecia sus proyectos, No, ha querido casarse conmigo... por despecho.

Lionelo se estremeció, repitiendo sordamente aquella terrible palabra: despecho.

—Ahora me lo esplico todo, exclamó: os ha-



beis casado conmigo por despecho. Solo falta que me digais quièn es el hombre á quien me habeis sacrificado—y me lo direis, porque os obligaré á que me lo digais.

Clementina habia previsto este incidente, y tenia el nombre que la pedia Lionelo.

—Hablad, Clementina, hablad.

---No le conoceis: está en España hace seis meses.

—¿Será el príncipe de Loisberg? se preguntó Lionelo, para quien era fatal aquel nombre.

—Es... balbuceó Clementina.

---Os he dicho que es preciso que me digais ese nombre, y me lo direis.

---Es... mi primo Amadeo Belin.

—¡Siempre un primo!...

Lionelo no conocia á Amadeo Belin.

---Os amaré como una hermana, exclamò Clementina, arrodillándose delante de su marido.

—¡Como una hermana! repitiò Lionelo. ¡Tambien *ella* me dijo que me amaria como una hermana!... ¿Qué burla infame, qué mistificacion infernal, hay en esta coincidencia? ¡Como una hermana!... ¡Como una hermana!...

Clementina seguia á los pies de Lionelo.



---Tranquilizaos, señorita, dijo el esposo burlado, sofocando su justa indignacion. Permaneced fiel á vuestro amor; yo os prometo no turbarle con el mio. Adios.

---No he conseguido herir su amor, murmuró Clementina, siguiendo con la vista á Lionelo, pero he herido mortalmente su orgullo.

Clementina pasó la noche llorando.





VII.

Lo primero que vió Lionelo al entrar en su cuarto fuè la carta que habia dejado su criado sobre la repisa de la chimenea.

Antes de leer el sello conoció la letra.

Rompió el sobre con mano trémula y leyó:

«Soy libre, Lionelo: ¿me amais todavía?»

---¡Siempre! ¡siempre!... exclamò Lionelo, como si pudiera oírle Laurencia.

Laurencia le amaba, Laurencia no habia dejado de pensar en èl: ¡èl venceria los obstáculos que los separaban, volviendo à abrir el libro de su amor por la primera página!

En París hay buenos abogados, y él era rico: un divorcio haria à un tiempo su felicidad y la de



Clementina, que amaba á otro hombre, como él amaba á otra mujer.

Dominado por estos pensamientos, salió de puntillas de sus habitaciones, y, dirigiéndose á la de su criado, le hizo levantar.

---German, le dijo; vé á Rancy y alquila, por nueve horas un carruaje con dos caballos.

A las nueve estaba en Boismont el carruaje alquilado por German en Rancy.

---¿Os vais? preguntó una voz á Lionelo á tiempo de montar en el carruaje.

Lionelo se volvió: era Valeria, la hermana de Clementina.

---¿Qué diré á mi hermana cuando pregunte por vos? añadió Valeria tímidamente.

---Sabe por qué me voy.

---¿Volvereis?

---Volveré..... el martes, contestò Lionelo. Adios.

---Adios.

Los caballos partieron al galope.

---Algo grave debe haber ocurrido cuando Lionelo se va, pensó Valeria. Si Clementina se hubiera levantado...

Un abrazo dado á traicion, es decir, por la espalda, vino en aquel momento á interrumpir las meditaciones de Valeria.

---¡Padre mio! exclamó Valeria, volviendo la



cabeza y reconociendo á nuestro respetable amigo el señor de Belin.

—¿Qué haces á estas horas en el patio?

---Despedir á mi cuñado, que acaba de salir para París.

—¡Lionelo, mi yerno, el marido de mi hija, camino de París, al dia siguiente de casarse!... No lo entiendo, á fè de alcalde de Boismont. ¿Y á qué va á París?

---Eso mismo iba yo á preguntar á Clementina. «Clementina sabe por qué me voy,» es todo lo que me ha dicho Lionelo.

---¡Clementina sabe por qué me voy!... repitió el señor de Belin.

---Tambien me ha dicho, para que no se ria el diablo de la mentira, que volveria el martes.

---Será preciso recurrir á Clementina; pregunta si se ha levantado.

Valeria, en cumplimiento de las órdenes de su padre, se dirigió á la habitacion de la recién casada.

---Clementina, ¿te has levantado? preguntó llamando discretamente á la puerta.

Clementina no habia pegado los ojos en toda la noche.

---Papá pregunta si la señora de Maruy se ha levantado, volvió á decir Valeria, levantando la voz.



---Calla, locuela, dijo Clementina, abriendo la puerta y dejándose caer en los brazos de Valeria.

El señor de Belin esperaba á Clementina en un gabinete lindante con el tocador de la señora de Marny.

---¿Sabes que Lionelo se ha ido? preguntó á Clementina con ternura y severidad á la vez.

---¡Lionelo no está en Boismont! exclamó la señora de Marny.

---Tu marido está camino de París, añadió el señor de Belin, frunciendo el ceño, y ha dicho á Valeria: «Clementina sabe por qué me voy.»

---Si, repuso Valeria; me ha dicho: «Clementina sabe por qué me voy.»

Clementina se sonrió: estaba vengada.

---Ya sé por qué se ha ido, dijo.

---No sabias que se habia ido y sabes por qué se ha ido: cada vez lo entiendo menos.



VIII.

**La he vuelto á ver.**

Lionelo dejó á German en Boismont, temeroso de que una imprudencia revelase antes de tiempo á la marquesa de Pontauges el secreto de su corazón.

—No puede saber nada, se decía Lionelo, porque la señora de Auray está en Boismont y Laurencia no recibirá á nadie, al menos á nadie que pueda hablarla de mí.

A las diez llegó Lionelo al castillo de Pontauges.

Aunque Laurencia le esperaba, al oírle anunciar sintió que sus mejillas se coloraban fuertemente y apenas si pudo articular esta palabra:

—Voy.



—El señor de Marny no está en el salon; ha viajado toda la noche y subido á su cuarto á vestirse.

—¡Ha viajado toda la noche!... Luego no viene de París.

—¿Se enciende la chimenea del salon?

—No; le recibiré aquí.

Laurencia no era la misma mujer: no tenia miedo, porque era libre y podia amar.

En aquel momento entró la señora de Ermangard.

—¡Tia mia! exclamó Laurencia, saliéndole al encuentro con los brazos abiertos. ¿Sabeis á quien tenemos en el castillo? A un antiguo amigo; á Lionelo de Marny.

La señora de Ermangard tuvo el buen acuerdo de retirarse.

---Por aquí, caballero, por aquí, la señora está en su gabinete.

---¿Me perdonais lo intempestivo de la hora? preguntó Lionelo, inclinándose respetuosamente ante Laurencia.

---¡Lionelo! exclamó Laurencia, tendiéndole la mano apenas se retiró el criado.

---¡Qué ventura! exclamó á su vez Lionelo, mirando tristemente á Laurencia.

---No esperaba volver á veros, dijo Laurencia. ¡Si supiérais cuánto he padecido y cuán largo se me ha hecho el tiempo!



—Sentémonos, repuso Lionelo. Me parece que no estais bien todavía. Os encuentro muy delgada.

--Y yo a vos muy triste. ¿Qué tenéis, Lionelo?

---Nada, señora.

---¡Señora! Antes me llamábais *vuestra* *Laurencia*. ¿Lo habeis olvidado?

Lionelo se sonrió tristemente. ¿Cómo decir «no puedo recordar nada de lo pasado» ni cómo engañar á aquella mujer, tan enamorada y tan noble?

Era preciso mentir, y mentir á quien se ama es horrible.

---El carruaje, no puede estar compuesto hasta mañana, dijo José, desde el dintel de la puerta.

---¡Mañana!... ¿Os vais mañana? preguntó Laurencia.

--Pues mañana cuento con él, dijo Lionelo, volviéndose hacia José, que se retiró.

---¡Tan pronto! murmuró Laurencia.

---Hoy no sería conveniente... objetó Lionelo.

---¿Qué quereis decir?

---En estos primeros momentos...

---¿Qué importa que diga el mundo lo que quiera, si mas tarde ha de aparecer justificada mi



conducta? Lo único inconveniente es lo malo. Quedaos, Lionelo. Cuando no estoy à vuestro lado me parece que no vivo.

---Es preciso que parta, Laurencia, y partiré...

---¿Qué nueva desgracia viene à interponerse entre nosotros? exclamó Laurencia, llevándose el pañuelo à los ojos y rompiendo à llorar.

---Perdonadme, Laurencia, os amo, os amo mas que nunca; pero ¡sufro tanto!... ¡He querido vengarme... perdon!...

---¿Me amarás siempre?

---Sea cualquiera la suerte que nos reserve el destino, ¡os amaré siempre!...

---Creia haberlo perdido todo en un momento. Ya no lloro.

---Nadie podrá separarnos... Me pertenecéis...

Laurencia miró à Lionelo con asombro: sus ojos, mas bien parecian los de un loco que los de un enamorado.

---Os he perdonado, Lionelo, y tengo derecho à saber por qué no sois feliz. ¿Habeis perdido vuestra fortuna? Yo soy rica. ¿Teneis que emprender algun largo viaje? Yo os acompañaré. ¿Habeis hecho alguna promesa? La cumpliremos los dos.

En esto se sintieron pasos en el corredor, y Clorinda abrió la puerta para anunciar la llegada de



un viajero que necesitaba hablar à Lionelo inmediatamente.

—¿Dónde está? preguntó Lionelo, palideciendo.

---No os molesteis, dijo Laurencia; aquí podeis recibirle.

Un momento despues resonaba temerosamente en los oidos de Lionelo la voz de Fernando Dulac.

---Perdonad que me presente en vuestra casa à esta hora y en este traje, dijo Fernando Dulac, inclinándose respetuosamente ante Laurencia.

---¡Vos aquí!... exclamó Lionelo con sordo acento y saliendo al encuentro de Fernando Dulac.

---Dejad hablar à vuestro amigo, señor de Mar-ny, repuso Laurencia.

---Espero que al fin me perdoneis haber andado veinte leguas à caballo por evitaros una gran desgracia.

---Yo no me hubiera tomado ese trabajo por vos, y no sè con què derecho os mezclais en mis asuntos.

---Porque vuestros asuntos no interesan solo à vos, sino à otros.

Lionelo no contestó, aprovechando Dulac



esta pausa para observar á su amigo y á Laurencia.

---Afortunadamente, pensó, resumiendo sus observaciones, he llegado á tiempo. Una hora mas y todo estaba perdido.

---Permitid, señora marquesa, dijo Lionelo, que cambie unas cuantas palabras con este caballero.

---Nada tengo que deciros que no pueda oirlo todo el mundo, repuso Dulac con admirable sangre fria. Estoy seguro de que esta señora no sabe que habeis salido de Boismont para Pontauges sin decir una palabra á vuestro suegro, ni á vuestra mujer, que os creen víctima de algun accidente imprevisto...

---¡Su mujer! exclamó Laurencia. ¡Su mujer!..

---¡Infame! gritó Lionelo, levantando la mano sobre Dulac.

---Verdaderamente, señor de Marny, dijo Laurencia interponiéndose entre Lionelo y Fernando, el infame sois vos. Os aborrezco.

Lionelo se cubrió el rostro con las manos, mientras Laurencia, menos fuerte, se desplomaba en tierra, como herida por un rayo.

Fernando se apresuró á levantarla.

---Gracias por haberme salvado, exclamó Laurencia, dejándose llevar por Fernando á uno de



los grandes sillones que habia al lado de la chimenea. ¡Qué desgraciada soy!

Luego, volviéndose hácia Lionelo, le preguntó.

—¿Hace mucho tiempo que os habeis casado, señor de Marny?

---He recibido vuestra carta el mismo día de mi boda, y algunas horas despues estaba aqui.

---Toda la culpa es mia, sollozó Laurencia; os he escrito demasiado tarde.

—¿No me aborreceis? exclamó Lionelo, llorando como un niño.

Laurencia le alargó la mano.

---¡Pobre Lionelo! Habeis hecho á un mismo tiempo pedazos vuestra ventura y la mia. ¡Vos al menos sereis amado! ¿Le ama esa mujer? ¿Quién es? añadió Laurencia volviéndose hácia Dulac.

---Debeis conocerla, repuso Dulac; Clementina Belin.

---Sí, la conozco, contestó Laurencia. Es bella, muy bella, pero siempre me ha sido antipática. Hay presentimientos.

Laurencia retiró su mano de entre las manos de Lionelo por uno de esos movimientos independientes de la voluntad.

---Ahora es preciso separarnos, dijo.



—No.

—Es preciso.

—Necesito explicaros mi conducta para que no me maldigais.

---No podeis permanecer aquí.

---Mi carruaje está roto.

---podeis disponer del mio, dijo Fernando Dulac.

---Me prometo demostraros hoy mismo mi gratitud, repuso Lionelo, clavando en Dulac una mirada de fuego. Partiremos juntos.

—Yo no voy á Boismont; voy á Champigny.

—Es absolutamente preciso que vengais conmigo.

—Mañana me tendreis á vuestras órdenes; hoy no puedo acompañaros.

Laurencia comprendió de lo que se trataba, y se propuso hacer imposible aquella venganza, retardándola.

---No podeis permanecer aquí un momento mas, dijo. Id á donde os espera quien tiene derecho á amaros. ¡Adios! ¡Adios!...

---¿Cuándo volveré á veros?

---Nunca.

Lionelo salió, señalando la puerta á Fernando.

---Caballero, tengo que pedir os un favor, dijo



Laurencia á este último... Volved dentro de un momento.

Y se quedó sola, sola con su desventura, murmurando: no volveré á verle.

Entre tanto Lionelo y Fernando cambiaban estas palabras:

---Mañana á las ocho estaré en el bosque de Boulogne con Bonnasseau y el general Rapart.

---No faltaré á la cita. Comprendo que deseéis matarme... porque no os he dejado deshonrar á una mujer. Nada mas justo.

Cuando volvió Dulac al gabinete de Laurencia... Laurencia estaba en el suelo, desmayada.



IX.

Diálogo.

---No os batireis con el señor de Marny.

---Tranquilizaos, señora; Lionelo será el primero que renuncie á ese duelo.

---¿Qué quereis decir?

---Nada que pueda dañarle en vuestro concepto. Lionelo ha demostrado mas de una vez que no le arreda la muerte. Lo que quiero decir es que, una vez vuelto á la razon, comprenderá que no le he hecho una ofensa, sino un gran favor, deteniéndole en la pendiente por donde iba á precipitarse y á precipitaros.

---¿Creeis que me ama?

---Creo que nadie os amará mas; pero creo que mereceis ser amada de otra manera.



Dulac iba derecho á su objeto, espresándose en estos términos:

---Lionelo os ama, prosiguió, pero Lionelo no os conviene. El tiempo os demostrará que no habiais nacido el uno para el otro.

---¡Qué fatalidad! Si le hubiera escrito quince dias antes...

---No lamenteis lo que acaso es una ventura para vos.

---¡Una ventura! ¿No sabeis que le amo?

---Creeis amarle.

---Quisiera no amarle. ¿Habeis hecho vos esa boda?

---La he sabido por su suegro: esa boda la ha hecho, en primer término, la señora de Auray, y en segundo la marquesa de Pontauges, que se lo negado repetidas veces á complacer á Lionelo.

—Es decir, que esa boda es el castigo de mi honradez; es decir, que debo arrepentirme de haber sido honrada. Si me hubiera entregado á él, hoy seria su mujer.

—Ese es el mundo, dijo Fernando. Para vivir en la sociedad es preciso ser como la sociedad egoista y malvado. Vos no habeis nacido, señora, para el mundo ni para la sociedad. Es preciso elegir entre la incencia y la corrupcion, entre los



sentimiento y las ideas, entre las creencias y la duda.

—Prefiero morir, contestó Laurencia.

—Pero hay lazos que os unen à la vida, lazos que no debeis romper.

—Me habeis helado el corazon.

—Asì sufrireis menos: esa es la medicina moderna. Mata para dar la vida.

Al dia siguiente volvió Fernando à Pontauges acompañado del príncipe de Loisberg, pero la marquesa no los recibió.

—Lo esperaba, dijo Fernando; es demasiado pronto.

---Me habeis espuesto à un desaire, dijo el príncipe de Loisberg.

---Vuestra prima está de luto y la debiais esta visita.

Fernando y el príncipe prosiguieron su camino, hablando del difunto marquès de Pontauges y de los amores de Lionelo y Laurencia, siempre interrumpidos en su periodo álgido.





X.

**Misérias del alma.**

El amor era una pena secundaria para el alma de Lionelo: el odio á Eernando la llenaba toda. Tenia sed de su sangre: tan miserable, tan pérfido le creia.

Apenas llegó á París interrogó á German sobre lo acaecido en casa de su suegro durante los primeros momentos de su ausencia.

—¿Qué efecto produjo mi rápida desaparicion?

—Como el señor dijo que volveria el martes, todo el mundo creyó que se trataba de un asunto urgente...

---Luego á nadie inquietó mi ausencia... ¿Por



qué fué á buscarme el señor de Dulac? ¿Quién le dijo dónde me encontraría? ¿Tú?

---Mal pude ser yo cuando lo ignoraba...

---¿Qué dijo cuando supo que no estaba en Boismont?

---Dijo que no le extrañaba, relacionando vuestra partida con la quiebra de un banquero en cuyo poder teniais parte de vuestra fortuna.

Aunque Lionelo sabia que Fernando no estaba en París, fué á su casa, dejándole una tarjeta con el dia y la hora convenida para su venganza.

Despues fué á casa de sus padrinos, á quienes tampoco encontró, dejándoles dicho que necesitaba verles para un asunto del mayor interés.

El alma de Lionelo no estaba hecha para tan violentas emociones; así que, al regresar de su doble espedicion, dejóse caer sobre el lecho, estenuado de fatiga, como un atleta despues de la lucha.

Hay almas que desafian la desgracia, pero que son impotentes para luchar contra las pequeñas miserias de la vida.





### Una sorpresa.

Durante este tiempo, Mr. Belin tuvo una idea.

Es de advertir que el antiguo banquero era dado, por naturaleza, á esas vulgaridades que se conocen con el nombre de *sorpresas* y una verdadera notabilidad en este género.

Un dia, al sentarse á la mesa, su mujer encontró una llave entre los pliegues de la servilleta.

Era la llave de la quinta de Boismont, donde mas tarde debia tener lugar el dramático enlace de Clementina.

Las sorpresas, de que todo el mundo se rie hoy, tenian algo de bueno: demostraban, cuando



menos, que se habia pensado en la persona sorprendida, digámoslo así.

La vida de las hijas de Mr. de Belin habia sido una cadena de sorpresas; una sorpresa permanente; ya se encontraban el costurero lleno de dulces, ya una muñeca en la cama, ya un billete de banco entre los pliegues de un pañuelo.

Cada uno de los diamantes de Mad. Belin tenia su historia.

Solo faltaba á Mr. Belin sorprender á una persona: á su yerno.

— Mi yerno está en París, se dijo Mr. Belin; no nos espera; pues esta es la ocasion de ir á París.

Y, batiendo palmas, anunció su proyecto á Clementina y Valeria.





XII.

De sorpresa en sorpresa.

Lionelo tenia calentura, pero, como los criados no son médicos, German, creyendo que dormia, le hizo volver de su sopor, al despuntar la auro-  
ra, para entregarle una carta, concebida en estos terminos:

«La señora Clementina de Marny suplica al señor de Marny se sirva honrar su mesa hoy 11 de mayo á las seis de la tarde, calle de la Bruyere, número 39.

La letra estaba desfigurada: era de Mr. Belin.

—¿Quién ha traído esta carta?

—La doncella de la señora; dijo German.



En aquel momento apareció en la alcoba de Lionelo...

¿Quién? preguntarán nuestros lectores.

Mr. Belin.

—No porque no me esperáseis, dijo dejándose caer sobre Lionelo para abrazarle, es menos cierto que estoy aquí. Mi hija lloraba y yo me aburría. Y á todas estas. ¿cómo va de salud?

—Me siento mal; tengo calentura. Sin embargo, tendré el honor de aceptar la invitación de la señora de Marny.

—No os levanteis, si no os sentís bien. Clementina estará aquí dentro de un momento.

—No la molesteis... y esperadme á comer. Estoy, mas bien que enfermo, cansado.

---Pues á las seis vendré á buscaros. Clementina tiene ocupación para todo el día con el arreglo de su nueva casa... Esta noche recibís...

—¡Yo!...

---Es una sorpresa que os preparo...

---¿Dónde vive mi mujer?

---Bien claro lo dice la invitación; calle de la Bruyere, núm. 39.

---Creí que se trataba de una broma.

---En efecto, se trata de una broma que va á convertirse en una casa puesta en una de las mejores calles de París. Pero, hablando de otra cosa, ¿habeis arreglado vuestros asuntos?



---Sí.

---¿No perderemos nada?

Lionelo recordó en aquel momento que Dulac, para disculpar su ausencia, había hablado de la quiebra de su banquero.

---Nada, contestó.

Mr. Belin se separó de Lionelo perfectamente satisfecho.

---A las seis, le dijo desde la puerta.

---A las seis, repitió Lionelo.





XIII.

**La vida elegante.**

Muchas de las personas invitadas á comer por la señora de Marny recorrían los salones de su nueva casa, admirándolos, cuando hicieron su presentación en ellos Mr. Belin y Lionelo.

Clementina salió apresuradamente á su encuentro, y, despues de abrazar á su padre, ofreció la mano á su marido, que se la llevó á los labios.

---No esperaba yo menos de tan galante caballero, le dijo.

---En mi tiempo, las mujeres y los maridos, repuso Mr. Belin, no se trataban así; en vez de darse la mano, se abrazaban. Pero á distintos



tiempos, distintas costumbres. ¿Qué os parece vuestra casa, yerno mio?

Lionelo no pudo menos de hacer justicia al buen gusto de Mr. Belin.

—Hace un año esta casa era un pequeño pabellon, y Clementina le ha convertido en un palacio.

—Sin duda habeis hecho este milagro de buen gusto para él, dijo Lionelo á Clementina al oido.

Clementina tardó algun tiempo en comprenderle.

—¡Para él!... repitió.

—Sí, para vuestro primo... ¿Cómo se llama vuestro amigo? Ya recuerdo Amadeo.

Clementina se sonrió.

Un criado entregó en aquel momento una carta á Mr. Belin.

---No es para mí, dijo Mr. Belin, sino para la señora de Marny. Toma, Clementina.

---Fernando Dulac, dijo Clementina despues de haberla leído, no puede acompañarnos á comer: haced que sirvan la comida.

---¿Habiais invitado á Fernando Dulac? preguntó Lionelo.

---Ha llegado á París hace un momento; pero vendrá á la noche. ¡Es tan bueno!...

---Alegará alguna escusa para no comer con



nosotros, dijo Lionelo, alargando la mano para coger la carta.

---Siento no poder dárosela, dijo Clementina retirándola.

---¿Teneis secretos para mí? pregunto Lionelo con amargura.

---Yo respeto los vuestros, contestó Clementina.

Lionelo se sentó enfrente de Clementina.

---¡Magnífico comedor! dijo.

---Sin embargo, no es la mejor habitacion de la casa. Creo que os ha de gustar mas mi gabinete.

---Ardo en deseos de verle,

---Aùn no está concluido. Esta noche tendrà que darme hospedaje mi padre, porque el único departamento habitable de nuestra nueva casa es... la cuadra. Esta misma noche podeis enviar vuestros caballos.

Lionelo clavó en Clementina una mirada que queria decir: gracias.

Despues de comer sirvieron el café.

Clementina dió una taza á su marido. Lionelo la miró: era de porcelana del Japon.

---¡Qué hermosa me pareceis hoy! murmuró Lionelo al oido de Clementina.

---Ahora, dijo Mr. Bolin levantándose, enseña



à tu marido su nueva casa. Empezaremos, si os parece, por la cuadra.

---Sí, dijo Lionelo; veamos la cuadra.

Lo primero que llamó la atención de Lionelo en la cuadra fué el nombre de sus caballos, escritos en letras góticas, al frente de cada uno de los departamentos que debían ocupar: *Jhon, Bull, Chatam, York, Tristan.*

---¿Sabeis cómo se llaman mis caballos?

---!Si supiérais el trabajo que me ha costado hacer hablar à vuestro cochero!...

---¡Tristan! dijo Lionelo, fijándose en el último letrero. No tengo ningun caballo que se llame así.

---Pero le tengo yo, repuso Clementina.

---¡Montais à caballo!

---Como una amazona, repuso Mr. Belin.

Solo un pensamiento preocupaba à Lionelo en aquel momento. ¿Estaría destinada aquella casa al primito?

---Vuestra hermana es adorable, dijo Lionelo à Valeria al volver al salon.

---Ama, y el amor hace prodigios, le contestó Valeria.

---¡Si pudiera hacer hablar à esta muchacha!... se dijo Lionelo. Ella podría sacarme de dudas. — Decidme, Valeria, añadió dándole el brazo y di-



rigiéndose hacia un extremo del salon, ¿teneis algun pariente en España?

---¿Le conocéis?

---No; pero he oido decir que es un jóven de grandes esperanzas... buen mozo...

---¡Buen mozo!... No levanta mas que esa silla. Y en cuanto á esperanzas... del suelo habla por misericordia de Dios. Si Clementina os oyese se moriria de risa.

---¡Clementina me ha engañado! murmuró Lionelo.

—Si Clementina os ha dicho todo eso, ha querido burlarse de vos.

—¿No estaba concertada la boda de vuestro primo con Clementina?

—¡Clementina, Clementina!... ven, gritó Valeria, prorrumpiendo en una sonora carcajada. ¿Pues no dice Lionelo que estaba concertada tu boda con Amadeo?

—¡Amadeo! exclamó Clementina ruborizándose.

—¡Me habeis engañado! le dijo Lionelo al oido.

—Era preciso.

---¿Por qué?

= ¿Por qué! ¿No lo habeis adivinado?

---¿No es ese el hombre que amais?

---No.



Este *no* tenia una traduccion.

---El hombre que amo... sois vos.

Un momento despues Lionelo estaba perdida-  
mente enamorado de Clementina.

¡Fiaos en esos mónstruos, que se llaman  
hombres.

A las seis de la mañana Bonnasseau despertó  
a Lionelo.  
—¿Has olvidado que nos esperan en el bosque  
de Boulogne?  
—¡En el bosque de Boulogne? repitió Lionelo,  
restrégandose los ojos.  
—Ayer recibí una carta tuya nombrando  
me padrino para un duelo... ¿con quién te  
bates?  
—Con Fernando Dulac.  
—¿Con tu amigo Fernando Dulac? ¿Estás com-  
pletamente despierto?  
—Tengo graves dudas de él.



Este no tenía una traducción...  
El hombre que vino...  
En momento después Lionelo estaba perdido...  
triste en un momento de...  
¡Fijos en esos momentos que se llaman

**XIV.**

**Un semi-duelo.**

A las seis de la mañana Bonnasseau despertó á Lionelo.

—¿Has olvidado que nos esperan en el bosque de Boulogne?

—¡En el bosque de Boulogne! repitió Lionelo, restregándose los ojos.

—Ayer recibí una carta tuya nombrándome padrino para un duelo... ¿Con quién te bates?

—Con Fernando Dulac.

—¿Con tu amigo Fernando Dulac? ¿Estás completamente despierto?

—Tengo graves quejas de él.



—Cálmate y veamos de qué se trata.

—Ese es mi secreto.

—Aplaza el lance ocho días y yo me comprometo á reconciliaros. ¡Matarse dos amigos por una mala inteligencia!... ¡No faltaba mas!

Lionelo miró al reloj, y, viendo que eran las seis y cuarto y que Bonnasseau se habia puesto el sombrero, le dió la mano, dejó caer la cabeza sobre la almohada y se durmió profundamente, pensando en Clementina.



—Cálmate y venmos de qué se trata.

—Ese es mi secreto.

—Aplaza el lance ocho días y yo me compro-

meto á reconciliarte. **XV.** *Trácese los amigos por*

*una mala inteligencia. No faltaba más!*

Lionelo miró al reloj y viendo que eran las

seis y cuatro y que Bonnasseau se había puesto

el sombrero, se echó á reír y dijo: **Una existencia agradable.**

sobre la almohada y se durmió profundamente.

pensando en Clementina.

No costó gran trabajo á Bonnasseau arreglar un desafío que repugnaba á los dos contendientes.

Lionelo era demasiado leal para fingir un resentimiento que no abrigaba.

La primera vez que vió á Fernando, le ofreció a mano y le dijo:

—Os doy gracias por haber impedido que cometiera una mala acción.

---Ya sabía yo que me hariais justicia, repuso Fernando.

---¿Y ella? preguntó Lionelo en voz baja.

---Dentro de unos dias partirà para Inglaterra.



—¿Con quién?

—Con una de sus amigas, que ha venido á buscarla.

Clementina se acercó á Lionelo.

—¿Nos acompañareis esta noche al teatro? la dijo.

—Sí.

—Mañana iremos al bosque de Boulogne: hay carreras.

—Estoy siempre á vuestras órdenes.

—Haces de él lo que quieres, dijo Mr. Belin á Clementina.

—Porque nunca hago mas que lo que el quiere, le contestó Clementina.

—Os dije que acabaria por amaros y os ama, murmuró á su oído Fernando. ¿Me creereis siempre?

—Siempre, repuso Clementina con emoci-

—Y todos vivian en buena inteligencia, y Lionelo se creia feliz al lado de su mujer con quien se habia casado por venganza y del amigo á quien habia querido matar.

Clementina, preciso es decirlo, sacrificaba, por complacer á Lionelo, sus mas caras afec-

Habia advertido que la especial manera de



ser de su padre contrariaba a su marido, y en todas las grandes solemnidades de la casa prescindía de su padre, que, por su parte, se prestaba con mil amores á permanecer detrás de la cortina.

Cuando era Valeria la que estorbaba, suprimía á Valeria, sustituyéndola con su padre.

No llevaba á Valeria ni á su padre al teatro cuando iba Lionelo, para que Lionelo ocupara en el palco el puesto de preferencia.

En esto no se parecía Clementina á Laurencia, que no prescindía nunca de la señora de Ermangard, de Clotilde y del señor cura.

Esto es lo que ahora se llama saber vivir.

Saber vivir es ser egoísta; no pensar en nadie para pensar solo en nosotros.

Las consideraciones comprometen los negocios, amargan los placeres y embarazan los sentimientos.

Si Laurencia hubiera sacrificado su tia á Lionelo, Lionelo no lo hubiera olvidado.

En París pueden soportarse los rigores de una mujer.

Una mujer os recibe mal por la mañana y le volveis la espalda.

Pero la veis por la noche en el teatro, en un



baile, rodeada de admiradores, y volveis á caer á sus pies.

En París se conciben los amores desgraciados; pero en el campo no es posible mas que el amor correspondido.



Paris 15 de mayo, á las once de la mañana.

Lionelo almuerta con sus amigos, gozando de la libertad que le concede el momento, para su vez almuerta con su padre, y se cree ser el habla de mujeres, de caballos, y se cree ser...

París 15 de mayo, á las once de la mañana.  
Laurencia se pasea por el parque del castillo...



XVI.

**Comparemos.**

Sus corazones estaban hechos el uno pa  
otro.

*París 15 de mayo, á las once de la mañana.*

Lionelo almuerza con sus amigos, gozando de  
la libertad que le concede Clementina, que á su  
vez almuerza con su padre.

Habla de mujeres, de caballos... se cree sol-  
tero.

*Pontauges, á las once de la mañana.*

Laurencia se pasea por el parque del castillo.



Clava sus ojos, nublados por las lágrimas, en la ventana del cuarto de Marny... y piensa en Lionelo.

*París, á las dos.*

Lionelo muellemente recostado en los almohadones de su carruaje, se dirige, acompañado de Clementina, al bosque de Boulogne: hay carrera de caballos.

En el bosque de Boulogne esperan, á Lionelo su caballo *York*, y á Clementina su caballo *Tristan*.

Montan á caballo: Lionelo mete espuelas á *York* y corre de carruaje en carruaje, mientras Clementina deja ir suavemente á *Tristan* hacia el punto en que se han dado cita.

*Pontauges, á las dos.*

Laurencia, entregada á sus recuerdos, deja que las aguas del río lleven su barquilla... ¡Cuántas veces le ha dicho Lionelo, al rumor de aquellas aguas: «Con vuestro amor, todo; sin vuestro amor, nada!...»

Dicela un eriado desde la orilla:

—La duquesa de Champigny y el príncipe de Loisberg desean ofreceros sus respetos.



Y ella contesta:

—No recibo á nadie.

Añadiendo, tan imperceptiblemente que no pudiera oirlo el viento que besaba su frente:

—Lionelo tenia celos del príncipe de Loisberg.

*París, á las ocho.*

Marny está en el teatro de Variedades: las mujeres le sonrien, los hombres le saludan: Lionelo es el hombre más elegante, y Clementina la mujer más hermosa de París, ¿Qué mucho que todos los gemelos estén clavados en ellos?

*Pontauges, á las ocho.*

Laurencia está asomada á la ventana que da al parque, mientras la señora de Ermangard juega á las cartas con el cura y el subprefecto. Contempla las estrellas en silencio. ¿Qué hará Lionelo á estas horas? se dice. ¡Qué desgraciado debo ser al lado de una mujer que no ama!

*París, á las once.*

Lionelo está en el club.

---Tengo hambre, dice.



*Pontauges, á las once.*

Laurencia, encerrada en sus habitaciones, hojea las *Armonías* de Lamartine, fijándose instintivamente en estos versos:

Seco está como las hojas  
desprendidas de esa flor...  
tempestuosos vendavales,  
llevaos mi corazón.

*París, á la una.*

—He cenado admirablemente, dice Lionelo á Clementina, Despedid á vuestra doncella.

*Pontauges, á la una.*

Laurencia apaga la luz y cierra los ojos, cansados de llorar, murmurando: ¡Lionelo! ¡Lionelo!





XVII.

Una aparición.

Así trascurrieron diez y ocho meses.

Lionelo empezaba á aburrirse.

Un dia preguntó al general Rampart en el teatro de la Opera:

—¿De quien es aquel palco?

—No lo sé, porque siempre está vacío, le contestó el general Rampart.

Terminó el espectáculo, y, al disponerse á abandonar el teatro, abrió la puerta del palco de Lionelo un inseparable Melchor Bonnasseau.

—¿De quién es aquel palco? le preguntó Lionelo.



—No lo sé, pero Fernando, que está en todos los misterios, nos lo dirá.

Y dirigiéndose á Fernando, que estaba en el palco inmediato, preguntó á su vez:

—¿De quién es aquel palco?

—Venid mañana, y lo sabreis.

La curiosidad llevó al día siguiente al teatro á Lionelo.

¡Cuál no seria su asombro al ver en el palco misterioso á la marquesa de Pontauges!

—¡Laurencia! murmuró olvidando que Clementina estaba allí.

Clementina palideció.

La marquesa de Pontauges, que iba al teatro de la Opera por primera vez, miraba á todas partes, pero no vió á Lionelo ni á Clementina.

Se levantó el telon.

—¿Empieza ahora el espectáculo? preguntó á Dulac.

—Empieza el segundo acto.

---Hemos venido tarde.

---Si hubiérais venido antes, nadie os hubiera visto.

---Os habeis propuesto sacrificarme á las exigencias de la moda... Sois un tirano...

---Un tirano que abdica à condiccion de que no olvideis sus consejos.



Se representaba à *Gustavo III.*

Dulac advirtió que la insistencia con que Laurencia miraba al escenario empezaba à llamar la atencion, denunciándola como una provinciana.

—Señora, la dijo.

Laurencia no le oyó.

—Señora marquesa, repitió.

Laurencia no le contestó.

---Laurencia, exclamó por fin levantando la voz.

La marquesa de Pontauges volvió la cabeza fijando sus hermosos ojos en Dulac.

---¿Qué quereis?

---No os fijeis tanto en el escenario: al teatro se viene à ver gente.

Era preciso distraer à Laurencia, y Fernando recurrió à este supremo recurso:

---¿No habeis visto à Lionelo y à su mujer?

Laurencia volvió vivamente la cabeza.

---¡Gracias à Dios! exclamó Fernando.

---¿Dónde está?

---Os lo diré, pero no mireis inmediatamente, para que no crean que hablamos de ellos. Mirad antes à otra parte.

---¡Ah!... exclamó Laurencia, viendo por fin à Lionelo y à Clementina.

---Disimulad.



---¡Qué pálida está!...

---Va á ser madre.

Laurencia se sonrojò.

---¡Todavía le amais!

---No lo creais. Si estuviera aquí, le hablaría como á vos.

---¿Cuánto apostamos á que no podeis hablarle sin balbucear?

---Si estais vos delante, no digo que no.

---¿Quereis que hagamos la prueba? Voy á buscarle.

---Esta noche no.

---Ya veis cómo tengo razon.

---Acepto la partida.

---Preparaos á jugarla.

Dulac salió del palco, presentándose en él, trascurrido un momento, del brazo de Lionelo.

Laurencia sostuvo la lucha con verdadera heroicidad.

Lionelo fué menos valiente: se ruborizó como una mujer, y balbuceó como un niño.

La pasion de Laurencia se habia gastado en la tristeza; la pasion de Lionelo se habia conservado pura é intacta en la infidelidad.

---Recibo todas las tardes, dijo Laurencia á Lionelo.

Abrióse en aquel momento la puerta del



palco para dar paso á la duquesa de Champigny.

Lionelo aprovechó la ocasion para despedirse.

Al volver á su palco, no encontro en él á Clementina.

---Se ha sentido mal y se ha retirado, le dijo uno de sus amigos.

---Habeis ganado la partida, señora marquesa, dijo Dulac á Laurencia.

---¿Sabeis por qué? repuso Laurencia. Porque el Lionelo que me habeis presentado, redondo como una bola, de puro grueso, no es el Lionelo que yo conocia, esbelto, elegante, poético, verdaderamente poético.

---¡Magnífico! exclamò Dulac, prorrumpiendo en una sonora carcajada. Podeis despedir al médico... porque estais curada.

Laurencia volvió la espalda á Dulac para reconcentrar toda su atencion en el escenario.

---¡Ah!... ¡mujeres!... ¡mujeres!... murmuró Lionelo.

—¡Qué feliz soy! se decia á la vez Laurencia. ¡No le amo!...





**XVIII.**

**Política.**

Perseguido por la imágon de Laurencia, Lionelo no durmió aquella noche.

Aunque ávido de nuevas emociones, despues de dos años de prosaismo, determinó aplazar su visita á la marquesa para dentro de ocho dias.

Al mediar el octavo, el carruaje de Lionelo se detenia á la puerta del hotel de la marquesa de Pontauges.

Laurencia no estaba sola, y al ver á Lionelo, á quien no habia oido anunciar, palideció.

—No contaba con la satisfaccion de veros en mi casa, le dijo.

—No me he atrevido...



—Antes érais menos corto de genio. ¡Ocho días, ocho días mortales!...

Dulac, comprendiendo que la conversacion tomaba un sesgo peligroso, se apresuró á ponerla término, apoderándose de Lionelo.

—¿Cuándo pensais darnos el baile prometido? preguntó la señora de Auray á Laurencia.

—Dentro de quince días, amiga mia. Sin embargo, el sábado recibire de noche.

—No os olvidéis prima, de invitar á mi inglesa, dijo el príncipe de Loisberg, que tambien estaba allí; me lo habeis prometido.

—No sé por qué se me figura, príncipe, que conocéis demasiadas inglesas.

Lionelo comprendió que á la sazón ocupaba el príncipe el sitio que en otro tiempo habia ocupado él.

—Pues hasta el sábado, marquesa, dijo la señora de Auray, despidiéndose. Como en casa de uno de mis parientes, que tiene la manía de sentarse á la mesa á las cinco en punto.

—Yo tengo que hacer, y tambien me retiro, añadió Fernando.

---¿No me habeis dicho que comeríamos juntos? le dijo el príncipe.



---Acompañadme y hablaremos por el camino, repuso Dulac.

---¿Quereis que los dejemos solos? exclamó Loisberg al oído de Dulac.

—Tarde ó temprano han de tener una esplicacion; conque cuanto antes mejor, le contestó Dulac. Dejadme hacer.

—No os entiendo, pero os obedezco.



**XIX.**

**Es ella**

- ¿Me encontráis muy cambiada? preguntó  
Laurencia á Lionelo.
- A costa mia, contestó Lionelo. ¿Habeis veni-  
do sola à Paris?
- Sola.
- ¿Y vuestra tia?
- En Pontauges.
- Se aburrirá.
- Horriblemente.
- ¿Y Clorinda?
- ¿Tambien os acordáis de Clorinda?
- Pienso en todo lo que me recuerda aquellos  
dias, los mejores de mi existencia.
- Clorinda está en Pontauges con mi tia, dijo



Laurencia, como sino hubiese oido las últimas palabras de Lionelo.

---¡Cuanto mas valiais entonces!

---Pero no me amaba nadie, y hoy, si quisiera, me amaria todo el mundo.

---¿Tambien habeis cambiado en eso? Antes no érais burlona.

---Una cosa es vivir en el fondo de una provincia, y otra cosa es vivir en París; hay que arreglarse á las exigencias de la localidad. ¿Quereis que os diga lo que siento? No echo de menos nada de lo pasado.

---Me hace daño oiros, y me retiro. Adios, señora. Prefiero pensar en vos á veros. No sois aquella Laurencia...

---A quien vos engañàsteis...

---No quiero convencerme de que se puede aborrecer lo que se ha amado. Volved á ser lo que érais, ó nos vemos por última vez.

---¡Imposible! Los padecimientos han secado mi corazon.

Lionelo no se atrevió á decir «y el mio tambien,» porque no sabia mentir.

---¿Sabeis lo que me ha curado? le dijo Laurencia: veros. Un dia se cruzaron nuestros carruajes en el bosque de Boulogne y me parecis-  
teis tan feliz al lado de vuestra mujer, que



dejó de amaros. Al dia siguiente salí para Londres.

---¿Con quién habeis ido á Londres?

---Con mi prima la duquesa de Champigny.

---¿Su hermano estaba de viaje?

---No, fuè mas tarde á buscarnos, porque habeis de saber que á la duquesa se le ha puesto en la cabeza que me case con el principe y yo estoy decidida á no volver á casarme. Estoy cansada de vivir para los demás: quiero pertenecerme; quiero, á mi vez, ser egoista.

---¡Me hace tanto daño todo lo que decís! Siento haberos vuelto á ver.

---Ya os ireis acostumbrando á mi nuevo carácter.

---Nunca.

---¡Ahora que necesito que me ame! se decía Laurencia.

---El ángel se ha convertido en demonio, murmuraba Lionelo.

---Y yo quisiera volver á ser lo que he sido, añadió Laurencia, haciendo esfuerzos sobre humanos para ocultar su emocion.

---¡Entonces! exclamó Lionelo, levantando los ojos al cielo!

---¿Me permitireis que invite á vuestra mujer á la pequeña reunion que doy el sábado á mis



amigos? preguntó Laurencia á Lionelo, huyendo del precipicio que se abría á sus pies.

Esta proposición sublevó á Lionelo.

---Mi mujer está muy delicada y no sale de noche, contestó con cierta sequedad.

---Cuento con vos, en todo caso.

---Pues... hasta el sábado.





## XX.

### Celos.

Al regresar á su casa Lionelo, halló á Clementina anegada en lágrimas.

No hay mujer, por hermosa que sea, que no haya tenido celos, ni hombre tan feo que no los haya dado.

Como no hay nada mas fácil de imaginar que una escena de celos, haremos gracia á nuestros lectores de la representada por Clementina y Lionelo.

No teniendo razones valederas que alegar, Lionelo recurrió á una astucia para fijar en otro objeto las ideas de Clementina.

---Hay en vuestra candidez algo de la candidez primitiva. ¿No habeis caido en la cuenta de lo



que se promete Dulac? Os persigue con su amor, y, á fin de vencer vuestra resistencia, me acusa de infidelidad...

Al dia siguiente, la señora de Auray fué á ver á Clementina.

—No os pregunto por vuestro marido, la dijo, porque anoche le vi en casa de la marquesa de Pontauges.

Dulac trabajaba por otro lado.

—Os felicito por vuestra venganza, dijo un dia á Laurencia; Clementina morirá, y Lionelo se volverá loco.

—No os comprendo.

—Lionelo os ama, y su mujer lo sabe.

—No me conoceis cuando me creeis capaz de arrebatár á una mujer su marido.

—¿No amais á Lionelo?

—No quiero amarle.

—¿Por qué?

—Porque no podría amarle sin cometer una mala accion.

---Segun vuestra teoria, el amor es imposible: hace dos años no amabais á Lionelo porque estabais casada, y ahora no le amais porque él está casado. ¿No es verdad que por no hacer llorar á miss Susana es por lo que rechazais á vuestro primo?



---¿Qué pudo hacer para tranquilizar á Clementina? Vos, que la conocéis, decidla. .

---Teneis un medio de salir del paso, si realmente os proponéis renunciar á Lionelo.

---¿Cuál?

---Acercaos á su mujer.

---He pensado invitarla á la pequeña fiesta que preparo para el sábado.

---¡Magnífica idea!

---El día que dé la mano á esa mujer me separará de ese hombre un abismo.





## XXI.

### El baile.

Llegó el sábado, y con el sábado la reunion ofrecida por la marquesa de Pontauges á sus amigas, entre las cuales se contaba ya la señora de Marny.

Al oír anunciar á Lionelo y á Clementina, Laurencia se levantó precipitadamente para salirles al encuentro.

---Venid, dijo á Clementina, que estaba pálida como una muerta; en este gabinete, lejos del bullicio del salon, vos estareis mejor y yo podrè decirlos con mas libertad lo mucho que os agradezco que hayais aceptado mi invitacion.

Clementina se dejó llevar por Laurencia, murmurando:



---Ella no le ama, pero es imposible que él no la ame. ¡Qué mujer!

Laurencia tuvo al fin que abandonar á Clementina para cumplir con sus deberes de ama de casa, y Clementina se quedó sola en el gabinete, al que se llama así por ser un salon mas pequeño que los demás.

De todos los amigos de su marido, Dulac fuè el único que, dolido de su soledad, dejaba de vez en cuando el salon de baile para cambiar con ella algunas palabras de pura galantería.

Pero Lionelo daba distinta interpretacion á las visitas de Dulac, no pudiendo ocultar su impaciencia.

---¿Qué teneis? le preguntó Laurencia, llevándole á un extremo del salon.

---Nada, contestò Lionelo, mirándola amorosamente.

---No negueis que estais de muy mal humor.

---Hay inconveniencias...

---¿Inconveniencias! Esplicaos.

---Vuestro amigo Dulac se entretiene en fomentar los celos de mi mujer. Vedlos.

---El fuè quien me aconsejó que la invitara...

---Os habeis dejado engañar como una colegiala.

---Y, en último resultado, ¿què os importa que



vuestra mujer tenga celos? Yo os creía mas filósofo.

— Me importa mucho.

— ¿Teneis la *preocupacion del matrimonio*? exclamó Laurencia, recordando una frase de Lionelo.

— ¡Preocupacion! murmuró Lionelo. Yo no llamo á eso preocupacion.

— ¡Cómo habeis cambiado de ideas! En otros tiempos deciais: «El matrimonio es una asociacion de intereses y no de sentimientos; es una impostura espiritual para dar garantías á la sociedad; una ficcion generosa. Los mismos maridos no creen en ella. Saben que la fidelidad es imposible. En esto hay que hacerles justicia.»

Lionelo se sintió vencido, y para salir del paso recurrió á la fatuidad.

--- ¿Y no recordais de aquellos tiempos nada mas que eso?

Laurencia se sonrojó.

--- He escogido, de todos mis recuerdos, los menos peligrosos.

--- Señora marquesa, dijo un jóven, acercándose á Laurencia, me teneis prometido este wals.

Laurencia aceptó el brazo del elegante Alfredo, y...



## XXII.

### Situacion falsa.

Así las cosas, un día Lionelo encontró sola á Laurencia, sentada delante de un velador, con un paquete de cartas en la mano.

---¿Qué haceis, amiga mia? Pareceis un empleado de comunicaciones, distribuyendo la correspondencia del día.

---Estoy... buscando autógrafos para una amiga mia, que es coleccionista. Yo tenia una carta del general Catinat, y no doy con ella. Conque ya sabeis lo que hago.

---¿Quereis que os ayude?

---Poned esas cartas aparte; son todas de interés. Aquí teneis una comunicacion del emperador al general...



—¡Qué veo! exclamó Lionelo. Esta letra es vuestra. *Lionelo, jamás...*

Laurencia miró la carta que le enseñaba Lionelo.

—Es una de tantas cartas como os he escrito y que no sé cómo no he quemado... Dádme-la.

—No, quiero leerla.

—Os lo prohibo.

—Tranquilizaos, señora; no creeré lo que lea.

—«¡Oh! ¡Qué vida!... ¡qué suplicio!... siento  
»que la razón se me extravía, porque pienso en  
»el suicidio. Vivir así, no es vivir. ¡Lionelo! ¡Lio-  
»nelo! ¡Morir voluntariamente cuando me nece-  
»sitan los que me aman!... Pero vivir de esta  
»manera tampoco es posible. La idea de no vol-  
»ver á verle me mata... ¡No volver á verle,  
»amándole tanto!... ¡No permita Dios que esta  
»separación sea eterna!.....

»He sido demasiado cruel. Ningun obstáculo  
»nos separaba... ni el desierto... ni la mar... ni  
»la voluntad de un hombre... porque, ¿qué le  
»importa á mi marido que nos amemos? ¡Sin em-  
»bargo, le he dejado partir!...

»¿Qué haré? ¿Le escribiré? ¡Imposible!... ¡Y,  
»mientras yo me muero de amor, él me acusa



»de insensibilidad!... Si volviese, le abriria todo  
»mi corazon.

»Ven, ven, Lionelo...»

Esta carta estaba sin acabar, y claramente revelaban la desigualdad de los renglones y la confusion de la letra la emocion con que habia sido escrita.

---¡Qué carta tan eterna! exclamò Laurencia. Recuerdo que tenia calentura cuando la escribí. ¿Quereis ver este autógrafo de Mad. Stael? ¿Vais á poner otra vez la cara triste?

---Laurencia, Laurencia! ¿Sois vos quien ha escrito esta carta?

---¿Qué carta? ¿La carta de Mad. Stael á mi abuelo?

---Señora, tened compasion de mi: ¿no veis que estoy llorando?...

---¡Señor de Marny!...

= Señora marquesa de Pontauges, es preciso que me oigais.

Laurencia comprendió que era preciso someterse á una voluntad tan enérgicamente manifestada, y escuchó en silencio.

—«Ningun obstáculo nos separa, volvió á leer  
»Lionelo; ni los desiertos, ni el mar, ni la voluntad de un hombre; porque, ¿qué le importa á  
»mi marido que nos amemos? Puedo amarte sin  
»temor, puedo correr hácia tí, porque ninguna



»mano me detiene, y, sin embargo, estoy aquí...

»Me llamas y no voy.»

—Sí, contestó Laurencia, fui demasiado cruel con vos; pero vos, ¿no teneis nada de que acusaros?

—«Mientras yo muero de amor, continuó leyendo Lionelo, él me acusa de insensibilidad...»

—El amor tiene un lenguaje especial, dijo Laurencia; debisteis adivinar lo que no podía decirnos.

—«¡Te amo! ¡si estuvieras aquí!» leyó Lionelo:

—¡Entonces os amaba!...

—Ahora fingís como entonces... porque ahora también me amais, exclamó Lionelo, cayendo á los pies de Laurencia. El amor tiene un lenguaje, y por fin he adivinado lo que no podeis decirme.

—No os amo.

—¡Mientes!

---¡Lionelo!

---Si no me amas, ¿por qué lloras?

---Porque soy muy desgraciada.

---Todavía puede hacernos felices el amor!

¡Qué breve es la felicidad del amor.

El destino, que se burlaba de Laurencia y de Lionelo, vino por tercera vez á apagar con su helado soplo la llama de su amor!



No es cierto que los acontecimientos no se enlazan; no es cierto que las cosas extraordinarias no suceden mas que una vez.

¿Quién direis que turbó con su presencia la peligrosa entrevista de Lionelo y Laurencia?

Precisamente la persona que debia serles mas desagradable: la señora de Marny.

Aun repetia el eco las últimas palabras de Lionelo «el amor puede hacernos felices,» cuando, abriéndose la puerta del salon, anunció un criado:

---La señora de Marny.

Clementina, que estaba en cinta, se adelantó pausadamente y con timidez.

Su presencia produjo en Laurencia el mismo efecto que la presncia del marqués de Pontauges en Lionelo: el desencanto.

— ¡Cuánto os agradezco esta visita, amiga mia! exclamó Laurencia, haciendo sentar á Clementina á su lado. ¿Cómo os sentís hoy?

---El peluquero espera á la señora, dijo el mismo criado que habia anunciado á Clementina.

---¿Pues qué hora es? Decidle que espere.

— He venido precisamente á molestaros, tartamudeó Clementina.

— Vos no me molestais nunca, repuso Laurencia. A quien voy á despedir es á vuestro ma-



rido.—Señor de Marny, hasta la noche, porque supongo que ireis á la Opera... Me quedo con vuestra mujer.

Lionelo salió sin mirar á Laurencia ni á Clementina.

Clementina asistió á la *toilette* de Laurencia.

---¿Ireis esta noche á la Opera? le preguntó Laurencia.

---Creo que no, le contestò Clementina.

Preveia que Lionelo no querria llevarla al teatro.

---¿Por qué?

---No me siento hoy bien.

---Es verdad; estais muy pálida...

---¡Pobre niña! exclamó Laurencia, cuando estuvo sola. Seria una accion indigna engañarla, y no la engañaré.

Y, sentándose al velador, cogió una pluma y escribió:

«Mi querido primo: esta noche os reservo una silla en mi palco de la Opera.—*Laurencia*»

—Es preciso, dijo al terminar, poner entre Lionelo y yo un obstáculo invencible.





XXIII.

Una escena casera.

--- ¡Cuánto habeis tardado en volver!

--- La marquesa vive muy lejos, y he tenido que decir á Federico que ponga los caballos al paso, porque me siento mal.

--- Si no os sentiais bien, ¿por qué habeis salido?

--- Creí daros gusto visitando á la marquesa.

--- Efectivamente, me habeis dado gusto.

Lionelo acompañó estas palabras con una abominable sonrisa.

Clementina se ahogaba, pero no se atrevia á llorar.

— Creí, además, daros una prueba de confianza...



—Pero es preciso no exagerar; una cosa es que no saludeis á la marquesa en la calle, y otra que os presenteis en su casa sin haber sido invitada...

—Hace dos meses que le debo una visita y nunca ha sido una inconveniencia pagar una visita. ¡Qué desgracia! Nada de lo que hago os parece bien.

—Las mujeres no saben mas que llorar.

—¡Son los nervios!... Lloro sin saber por qué lloro. Creo que la vida del campo me probaria mejor que la de París, pero mi padre...

—¿Por qué no quiere llevaros al campo vuestro padre?

—Dice que en el campo no hay tan buenos médicos como en París.

—Soy un mónstruo, se dijo Lionelo recordando el estado de Clementina.

El amor nos hace crueles.

—Tiene razon vuestro padre, dijo Lionelo; es preciso que permanezcais en París. Pero sed razonable y no os incomodeis por nada, teniendo en vuestro marido, que os ama siempre, una ciega confianza.

—¡Siempre! repitió Clementina dejándose caer en los brazos de su marido.

—Siempre.





—La señora no se siente bien esta noche, dijo Lionelo à la doncella que acababa de acostar à Clementina... No os separeis de ella.

Eran los diez y Lionelo se fué à la Opera, preocupado, mas que por el malestar de Clementina, por la esperanza de rendir à Laurencia.

En la escalera de la Opera encontró à Melchor Bonnasseau.

Cambiaron algunas bromas, y Lionelo entró en su palco.

—¿No viene mi hermana? le preguntó Valeria.

—No; se ha acostado, está cansada.



—¿Cansada ó mala? preguntó Mr. Belin alarmado.

---Ha salido esta mañana, y por precaucion se ha recogido temprano.

---Yo la he aconsejado que no se mueva de casa..... ¿Si su madre hubiera seguido mis consejos!...

Lionelo se estremeció... Ante aquel pobre viejo y aquella inocente niña, le asustaba la idea de ser libre.

Terminada la sinfonia, alegó un pretesto para ir á ofrecer sus respetos á la señora de Auray, que estaba en un palco desde el cual podia ver más cómodamente á la marquesa de Pontauges, aquella noche deslumbrante de hermosura.

---¿Por qué no habeis traído á vuestra mujer? le preguntó la señora de Auray.

---No se haya bien.

---Cuidad de que no cometa una imprudencia. La señora de N..... murió ayer de sobreparto.

---La música afecta...

---Desengañaos; es mas peligroso llorar que oír música. Sois un monstruo, Lionelo... Pero, hablando de otra cosa, cecidme, ¿no es aquel el príncipe de Loisberg? Yo le creia á cien leguas de París... Hace dos dias estuvo á despedirse de mí



y esta noche le encuentro en la Opera. ¿Sabeis qué le ha pasado?

= No, contestó secamente Lionelo.

= Sed franco, Lionelo.

= No me ocupo del príncipe para nada.

= Hay quien dice que de dos años á esta parte aprovechais vuestras relaciones para tenerle en continuo movimiento de una córte en otra... La verdad es que era un niño y en esos dos años se ha hecho un hombre distinguido...

La señora de Auray se echó á reir.

= ¡Se dicen tantas cosas! murmuró Lionelo... Creed que yo nunca designo el punto á que debe ir.

— Con tal que le lleven lejos, muy lejos...

— Por ejemplo, en este momento no sé donde va.

= ¿No?

— Palabra de honor.

— Va á España.

— El príncipe tiene la manía de los viajes, y eso es todo, dijo Lionelo alejándose, para poner fin á aquel maligno diálogo.

Al entrar Lionelo en el palco de la marquesa de Pontauges, el príncipe de Loisberg se levantó y le cedió su asiento, retirándose.

= Nadie dirá que habeis llorado esta mañana,



dijo Lionelo á Laurencia, al inclinarse para saludarla.

—No hablemos mas de eso...

---Llevo aquí vuestra carta...

---Es preciso olvidar.

---Creí haberos encontrado y he vuelto á perderos... Sin embargo, me creo feliz.

Laurencia miró fijamente á Lionelo: habia, en efecto, algo de extraño en su fisonomía.

---Mad. M... os espera, marquesa, dijo Dulac, abriendo la puerta del palco.

---He ofrecido llevarla al baile, contestó Laurencia. Adios, señor de Marny... hasta mañana.

Tambien en aquel momento habia algo extraño en la fisonomía de Laurencia.

Mientras el carruaje tomaba vez, el príncipe se acercó á Mad. M...

—Os buscaba para deciros adios.

—¿Os vais? preguntó Mad. M...

—Mañana.

—¿Dónde?

—A España.

—¡El carruaje! gritó al lacayo.

La marquesa de Pontauges se apoyó en el brazo de su primo y le dijo:

—Gaston, venid con nosotras al baile.





**XXV.**

**Fatalidad.**

**Lionelo volvió á su casa diciéndose:**

—**Me ama y al fin la venceré.**

**Al entrar en la alcoba de Clementina, preguntó á la doncella que la velaba:**

—**¿Cómo ha pasado la noche la señorita?**

—**Mal, le contestó la doncella.**

—**Clementina, dijo Lionelo, acercándose á la cama de su mujer, ¿por qué no me has hecho llamar?**

—**Quisiera ver á mi padre, contestó Clementina. ¡Me siento tan mal!**

—**Decid á German que vaya á buscar á monsieur Belin, dijo Lionelo, volviéndose hácia la doncella.**



—Sí, quiero ver á mi padre... ¡padre mio!....

—Yo no me separaré de tí.

Lionelo estaba verdaderamente desesperado: hay hombres que matarian á sus mujeres si tuvieran valor para oirlas quejarse.

---¿No estás mejor? preguntó Lionelo á Clementina.

---Me muero, contestó Clementina.

---¿Clementina!

---¿Lloras, Lionelo?

---Te amo.

---Me amas... porque voy á morir.

---Es horrible lo que me estás diciendo.

---Yo no tengo la culpa de haberte hecho desgraciado: perdóname.

—Nada tengo que perdonarte..... Piensa en nuestro hijo y tranquilízate.

—¡Me ahogo! exclamó Clementina... ¡Mi padre!... ¡Valeria!...

Y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

En aquel momento llegó el médico.

—Es un espasmo, dijo.

Un momento despues llegó Mr. Belin.

---¡Como su madre! exclamó al ver á Clementina.

E inclinándose sobre ella, añadió:

---¡Todavía respira!

Así pasaron seis horas... ¡seis horas eternas!...



Clementina dió á luz un niño, que solo vivió algunos instantes.

Rayó el día, y Clementina permanecía inmóvil.

Tenia las manos y los piés yertos.

El médico la puso la mano sobre el corazón y frunció el entrecejo.

--- ¡Todo ha concluido! dijo.

--- ¡Muerta! exclamó Lionelo, cayendo de rodillas.

--- ¡Mi hija! ¡mi hija! exclamó Mr. Belin, abandonando el cadáver de Clementina á las lágrimas de Lionelo. ¿Dónde está la única hija que me queda?

Valeria, que entraba en aquel momento, se habia desmayado al oír decir á Lionelo: ¡Muerta!

Clementina no necesitaba ya de nadie.

Ante el cadáver de su mujer, Lionelo olvidó á Laurencia, y no se atrevió á decir:

--- ¡Ya soy libre!





XXVI.

Al dia siguiente.

Mas al dia siguiente renació su amor y le sonrió el porvenir.

Lloró á Clementina, pero como se llora á una hermana.

No era su dolor ese dolor que desafía al tiempo; era la desesperacion que desaparece como la calentura.

Su semblante, horriblemente pálido, se iluminaba de improviso con una luz siniestra.

Hablaba, y de sus palabras no podia deducirse una sola idea.

Ya huia del cadáver de su mujer; ya le estrechaba convulsamente contra su corazon.



Ya decia sordamente ¡Clementina! como murmuraba ¡Laurencia!

Hubo momentos en que Mr. Belin temió por el juicio de su yerno.



**XXVII.**

**Por grados.**

Un dia preguntó Lionelo si habia mandado tarjeta la marquesa de Pontauges, y habiéndole contestado negativamente, me escribirá, se dijo.

Al dia siguiente supo que la marquesa de Pontauges no estaba en París, pero que regresaria en la semana próxima.

Ocho dias despues paraba à la puerta del hotel Pontauges el carruaje de Lionelo.

---El señor no recibe, le dijo su criado, saliéndole al encuentro, y la señora princesa no ve á nadie.

Lionelo continuó su camino. mirando desdenosamente al criado.



—La señora princesa no ve á nadie y el señor no recibe, repitió el criado.

—Yo no vengo á ver á la princesa; vengo á ver á la marquesa de Pontauges, dijo Lionelo, frunciendo el ceño.

—El señor no recibe y la señora princesa no ve á nadie, dijo por tercera vez el criado.

—¿De que príncipe?

—Del príncipe de Loisberg.

—¿El príncipe de Loisberg vive aquí? preguntó Lionelo, comenzando á alarmarse.

—Vive aquí, en casa de su mujer... Es natural.

—¿De su mujer!

---Mi amo, el príncipe de Loisberg, se ha casado con su prima, á quien llamaban en Champigny *la mujer del loco*.

---Laurencia... ¡se ha casado!

---Laurencia, eso es, la marquesa de Pontauges.

---Miserable ¡te burlas de mí! exclamó Lionelo, agarrando del cuello al locuaz serviente.

---Si no me creéis... ahí teneis al Sr. Dulac, que os dirá lo mismo que yo...

---¡Fernando! exclamó Lionelo, dirigiéndose hácia Dulac, que entraba en aquel momento.

---¡El aquí! exclamó Dulac, retrocediendo.



—A las diez, murmuró Lionelo, apretándole convulsivamente la mano, à las diez... iremos à enterrar à Clementina.

—¡Desventurado! murmuró Dulac, siguiéndole con la vista: ¡ha perdido la razon!



**XXVIII.**

**Fin.**

—Encerrad á vuestro marido en una casa de locos, dijo un dia Lionelo á Laurencia.

Esa fué la resolucion que adoptaron los amigos de Lionelo: encerrarle en una casa de locos.

Y como su locura, diferenciándose en esto de la del marqués de Pontauges, era peligrosa, le pusieron la camisa de fuerza.

Solo la señora de Auray supo á qué atenerse respecto á la locura de Lionelo.

La generalidad de las gentes decia:

—Amaba tanto á su mujer, que su pérdida le ha costado la razon. ¡Aun hay maridos!...

Un dia, al cabo de dos meses, al entrar Lau-



rencia en sus habitaciones, le preguntó su marido:

—¿De dónde venís?

—De casa de Esquerol.

—¿Habeis visto á Lionelo?

—No me ha conocido.

Cuando se habla en el gran mundo de la princesa de Loisberg, los que no la conocen dicen:

—Es una mujer incomprensible: está en todas partes y se aburre en todas partes.

Fernando Dulac, que la conocia, contestaba:

—¿Si supiérais la historia de esa mujer!... Es un prodigio. Ha sabido conservar la razon luchando con dos locos, y, gracias á mí, es dichosa por dos desgracias.

FIN.